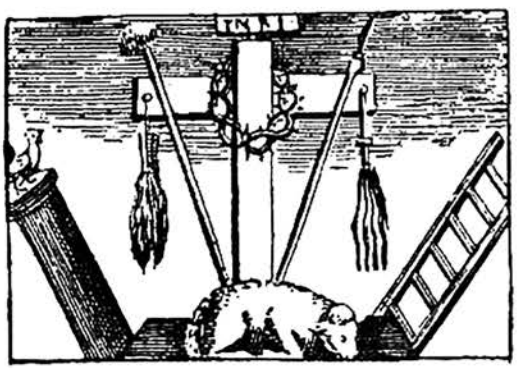
MIGUEL HERNÁNDEZ

Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras

(Auto sacramental)



JULIO
1934

PERSONAJES

DE LA

PRIMERA PARTE

(Principales).

ESPOSO, *anciano.*	ESPOSA, *anciana.*
AMOR, *palmera.*	INOCENCIA, *espuma.*
DESEO, *chivo.*	LOS CINCO SENTIDOS, *villanos.*
HOMBRE-NIÑO	CARNE

(Accidentales).

LA VIRGEN	LOS ÁNGELES
EL SUEÑO	EL VIENTO
EL RUY-SEÑOR	LA ABEJA
LA MARIPOSA	LA ROSA

Parte primera.

El Estado de las Inocencias: un campo de nata de almendros y nieves.

Escena I

Esposo y Hombre-niño.

Hombre-niño.

Padre, ¿qué es esto que siento
y no veo en torno mío?

Esposo.

Hijo, el aire mondo y frío.

Hombre-niño.

Padre, ¿y qué es el aire?

Esposo.

El viento.

Hombre-niño.

¿Pero el viento?

Esposo.

Un elemento
de inacabable caudal,
transparente, celestial,

que ni es vidriera ni es fuente,
siendo como ésta corriente
y como aquélla cristal.
Pero cristal sin presencia;
sólo espíritu sonante
de cristal, de esencia errante
de cristal: ¡sólo potencia!
Provoca la diligencia,
el bienestar, el desvelo,
cuando el recreado suelo
toca; la afición provoca
de una sed, de un ansia loca
de irse a su compás de vuelo.
¡Cómo se inflama la nube
en posesión de su aliento:
alta paz, cano portento,
gloria lanar, luz querube!
¡Cómo viaja, cómo sube
el papel de la cometa,
delgadamente sujeta
a la tierra por un hilo;
cómo atiende, siempre en vilo,
su indicación la veleta!
Si el viento es brisa, las cosas
son apacibilidad;
y si el viento es tempestad
de viento, luchas furiosas.
Ruedan fracciones las rosas,
unidades entreabiertas.
El desconcierto conciertas,
viento, y ¡cierra!, ¡qué iracundo!,
y ¡abre!, le impones al mundo
acelerando sus puertas.
Dispersando las uniones

se arremolina, se exhala,
y alador de cosas, ¡hala!,
les imprime sus acciones.
Te extremas de conmociones,
de sombra, de parabienes,
de murmullos, de va-y-venes,
árbol, cuando avanza el viento,
y tienes un movimiento
que tienes y que no tienes.
Si de repente se para,
duerme, aunque pronto despierta,
la creación se queda muerta,
el mundo se desampara.
¡Míralo sobre tu cara,
hijo! que, con él, yo doro
con mis besos, ¡qué sonoro!
se sucede, porque pueda
ver que en tus cabellos queda
con una expresión de oro.
Ya di a tu curiosidad,
curioseando en la mía,
una explicación en vía
mentirosa de verdad.
Pues la enorme cantidad
de divinidad que encierra
el viento de Dios, se aferra
¡tanto y tanto! al firmamento,
que, en verdad, no tiene el viento
explicación en la tierra.

Hombre-niño.

Padre, ¿y qué hay luego, detrás
del viento?

Esposo.

Más viento en pos.

Hombre-niño.

¿Y detrás del viento?

Esposo.

Dios.

Hombre-niño.

¿Nada más Dios?

Esposo.

¡Nada más!

Hombre-niño.

Padre, padre, ¿y me dirás
quién es Dios y de qué modo?

Esposo.

Es el único acomodo
que hallarás, bueno y sencillo,
al fin; el Perfecto Anillo,
el Sin-Por-Qués y el Por-Todo.
Y no quieras más saber:
que si ahora tu afán porfía
por saber, llegará un día
en que sabrás sin querer.
Ve, hijo; ponte a correr
por esos campales prados
con los lanares ganados,
la luz y las mariposas,
antes que vengan las rosas
a parecerte pecados.

Antes que tu sangre leve
sea viento colorado
tempestuoso y pesado,
tanto como es rara nieve.
Mueve por las hierbas, mueve
tu candor, tu fantasía,
tu ángel, tu paz, tu alegría,
que aún estás en posesión
de todo tu corazón,
y aún es tuyo todo el día.
Corre, acude a tus labores,
a tus quehaceres de nada;
allá abajo, en la cañada,
tus amigos los tenores
te silban.

Hombre-niño.

¡Voy, ruy-señores!
ligero como un olor.
¿Qué ha de traerte mi amor
que te cause más delicia?

Esposo.

Tus ojos aún sin malicia
y tu sonrisa en albor.
Obedece a esa vereda:
polvo, Dios, descanso fino,
sin gana de ser camino,
escándalo y polvareda.
Tu libre albedrío queda,
si no obligado, en verdad,
rendido a la voluntad
de su albedrío; rendido,

como un sin querer querido,
a Dios y a su soledad.
(Se va el Hombre-niño).
Como de su vuelo el ave,
libre, sí, pero sujeto.
Sigue ignorando el secreto
del que tú llevas la clave.
Aun todavía no sabe
de qué está tu cuerpo hecho
tu vida, puro barbecho.

Escena II

Esposo y Esposa.

Esposa.

¿Esposo?

Esposo.

¿Esposa?

Esposa.

¿No está
nuestro hijo?

Esposo.

No; se va,
y míralo ¡qué derecho!
Como un árbol que apunta y aún no es árbol,
y es tan sólo su afán
de ser árbol del árbol; de ser alto,
de ser todo y ser más.

Sin torceduras lúbricas de ramas,
sin pecados de frutos,
sin favores de sombras regaladas:
¡árbol solo! y desnudo.

La dirección florida bajo el viento,
vástago de pureza;
encomendado al cielo por el suelo,
por el cielo a la tierra.

Esposa.

Anoche tuvo un sueño.

Esposo.

Cuenta, Esposa.

Esposa.

A la orilla de un río,
que de las tentaciones de sus obras
huía fugitivo;

con un agua tan clara y sucedida
como un viento evidente,
que no negaba su presencia íntima,
ni tampoco sus peces,

pero sí su volumen, de tan puro
pareciendo impalpable;
a la orilla del río este, desnudo,
iba él, entre dos aires.

Con la cabeza arriba, boca abajo,
sobre mudas de lilios,
candor a veces puro, a veces cárdeno,
atropellando trinos.

Su pie (que no sabía si era el suyo
o el que abajo se copia),
entre dos aires límpidos y mudos
se cierne, se equivoca...

Y la levedad grave de su cuerpo
cae al viento profundo,
que se enjoya de anillos de momento,
y se pone, al fin, turbio.

Sus manos aletean en la nada
llena de luz vacía,
buscando objetos a que asirse, cañas,
socorros, fantasías.

¡Y sola el agua!, musical ahora,
ceñidores de angustia,
de peligros mortales, a su boca
le brinda, le apresura.

¡Qué lejos las arenas y las manos
nuestras y el tallo verde:
todos los que pudiéramos ganarlo
y vamos a perderle!

Sin nuestra intervención, sin nuestra ayuda
su muerte se aproxima...
Y, de pronto, dos ángeles de pluma
y una virgen de prisa.

De su desequilibrio, de su pena,
del cuerpo que le estorba,
lo levantan, lo sacan, lo enajenan,
lo ponen en sus glorias.

Por la emoción del trance y del milagro,
se desvanece el hijo:

cuando despierta, se halla recostado
sobre el faldón de un lilio.

Tal fué el sueño.

Esposo.

Tan bello, que debiera
haber sido suceso.

Esposa.

¿Hubiera habido intervención angélica
lo mismo que en el sueño?

Esposo.

¿Por qué no?; si el que había de salvarse
del ivierno del agua
era un niño, y un niño es una nave
hecha de confianza.

Con un temor de amor y de grandeza
sembré en tu vientre mi hijo.

Esposa.

Con un temor de amor, sobre tu siembra,
en mí fué concebido.

Esposo.

Con un temor de hacerlo y de perderlo:
¡con qué temor lo hice!

Esposa.

¡Con qué dolor de darlo y de tenerlo
te di lo que me diste!

Esposo.

Yo no quería darle, con mi vida,
mis mismas condiciones.

Esposa.

Mi amor.

Esposo.

Mi carne llena de malicias.

Esposa.

Mi sangre.

Esposo.

Mis humores.
¡Yo era dios!, y él estaba en el premundo
de mi amor.

Esposa.

De mi vientre.

Esposo.

Y en soledad de amor, sobre seguro,
un mundo quise hacerle.

¡Crear!, por recrear y recrearnos:
tal fué mi pensamiento.
Todo el que crea y siembra, es más que algo;
es algo Dios, si menos.

Y nutrí de creaciones nuestra nada,
antes vacío solo;
vacío acompañado hoy de parábolas:
caos antes, ahora logro.

Anticipé a su vida la del suelo.
Y dije: Hágase el árbol.
Y la palabra mía creó el objeto,
de pronto, verde y alto.

Esposa.

¡Qué verde y alto!

Esposo.

Y dije: Hágase el pájaro,
aire visual.

Esposa.

¡Qué aire!

Esposo.

Y en toda la extensión de aquel vocablo,
salió volando el ave.

A compás de mi voz y de mi gusto,
mientras las designaba,
las cosas prorrumpían sobre el mundo,
sin edad, ya granadas.

Esposa.

Y sobre el general verdor creado,
me dupliqué al tenerle.

Esposo.

Inventé las caricias.

Esposa.

Los cuidados.

Esposo.

Los besos.

Esposa.

Los va-y-venes.

Esposo.

¡Todo para que no sintiera el cuerpo,
la carne que da pena!

Esposa.

Cosí, con la intención del pensamiento,
pañales de azucenas.

Esposo.

¡Todo para que un día los sentidos,
que hoy usa y no conoce,
se le vuelvan traidores enemigos
de amigos que son nobles!

El día que tropiece con el tacto
y caiga con los ojos,
por el olor rendido y alterado
por el gusto y los soplos

del Deseo, que pasa por la oreja,
como por cualquier parte,
al corazón...

Esposa.

¡Ay de él y su Inocencia!

Esposo.

¡Ay de él y de su sangre!

Y ¡ay de nosotros!... Ya su edad rebasa
los límites del ángel.
Pronto sabrás, Esposa, si su nada
mejor fué que es su imagen.

(Se van los dos hacia su heredad, acompasadamente anciana.)

Escena III

La Inocencia, y en seguida el Deseo. Luego el Viento, personaje accidental de esta Verdad. Y cuando lo pida el verso, el Amor. Hay un juego de apariencias: El Deseo parecerá un Chivo; la Inocencia irá de Espuma. El Viento, de Cristal, y el Amor, de Palmera Sola.

Inocencia.

¡Oh qué mal olor de orín!
¿Quién por estos lados anda,
que inficcionando los aires,
su invisible ser delata
repugnantemente?

Deseo.

Yo:
el marido de la cabra:
el dictador de la carne:
el Deseo, verbigracia.

Inocencia.

¿El Deseo tuuú? ¿Quién eres
tú, Deseo, que me apartas
de ti con el recio olor
que con las barbas te mana?

Deseo.

Nací en marzo; abril y mayo,
con el ardor de sus savias,
la voluntad de sus hojas
y la fuerza de sus ramas,
me hicieron crecer, me hicieron
revolucionar las patas,
mientras la luna creciente
a su perfección llegaba.
Era yo todo deseos:
Bestia, furia, lumbre brava,
embestí contra el rebaño
y ataqué por retaguardia,
bestia, lanzando alaridos
de pasiones momentáneas,
furia, tras ramonear
mi lengua, flexible llama,
brava lumbre, aquellos frutos
cuya prohibición cuidaba,
con el ojo y la honda alertas
(ojo de amor y honda alta
de castigos voladores),
el pastor en su cayada.
No dejo quieta mi sangre;
duermo despierto en mi cama,
siempre en lides con mis ojos,
mis intenciones, mis ansias:
¡siempre saliendo vencido
por mis prójimas miradas!
Agosto me hará maduro;
granadas apasionadas,
su amor pechiabierto y seno
sangrarán sobre mis barbas.

Y luego llegará octubre
a paralizar mis ganas,
y a dejarme, entre otras cosas,
un mandil entre las patas.

Inocencia.

Aun no sé quién eres; aunque
presumo por tus palabras
y tu olor, quién te gobierna,
quién te azuza y quién te manda
a este lugar.

Deseo.

Y ¿quién eres
tú, que no sabes de nada?

Inocencia.

Soy la Inocencia, Deseo.

Deseo.

¿La Inocencia o la Ignorancia?

Inocencia.

No sé; sólo sé decirte
que la Inocencia me llaman,
e ignoro por qué.

Deseo.

¿Por niña?

Inocencia.

Yo siempre estoy en la infancia.

Deseo.

¿Por pura y blanca?

Inocencia.

No sé
qué es ser pura y qué es ser blanca.
Sé que soy; que me produzco
en cada vida encontrada,
en cada almendro anteverde,
en cada ola y en cada
nieve, fuente, niño, lilio,
como un reventón de plata.
Pero no puedo durar
mucho en todo, pura nada:
apenas flor me conozco
en la rama principianta,
cuando la almendra aprendiza
con terciopelo me mata.
Apenas luz removida,
parezco ilusión del agua,
cuando me cuelga de arena
la experiencia de la playa.
Apenas nata de frío,
envejezco la montaña,
colmo de espuma hecha mármol,
cuando me desembaraza
el sol, y a mí, que soy muda,
me da, con la muerte, el habla.
Soy fuente apenas, que es ser
virginidad empeñada
en ser virgen y ser libre
y claridad duplicada,
cuando en prisiones de barro
me van a meter las cántaras.

Y niño apenas, y lilio,
saco mi camisa cana
a relucir por el mundo,
cuando el sol me la acobarda,
y el peor lado del cuerpo
me la emborrona de manchas.

Deseo.

No te conozco, Inocencia;
aunque te veo retratada
de blanco en todo este campo.

Inocencia.

Yo a ti tampoco; aunque pasas
de negro y de olor barbado,
y a todo le desagradas.

(Pasa el Viento transitorio).

Viento.

¡Callad!, que viene el Amor.

(Sale corriendo como entró y se le oye menos conforme se aleja.)

Callad, flores, callad, auras;
callad, aves, ¡callad, todo:
que viene el Amor que ama!

Deseo.

¿Que viene el Amor? ¿Quién viene?

(Entra el Amor.)

Inocencia.

¡Qué Palmera Solitaria!
¡Qué olor a polen celeste!

Deseo.

¿Tú eres el Amor?

Amor.

Su estatua.

Deseo.

¡Tan alta!

Amor.

Es mi voluntad
subir y subir.

Inocencia.

¡Qué alta!

Deseo.

¡Tan áspera!

Amor.

Por de fuera
tengo la corteza áspera,
pero por dedentro tengo
tierna de palmito el alma.
Clorifico lo que toco,
de altura lo animo y gracia;
y el que me lleva, llevando
está la victoria en andas.
Para llegar al Señor,
fabrico eternas escalas
que, sin un arco de dudas,
suben rectas a su estancia,
y allí ya, resultan cálices
y ángeles de bronce y ámbar.

Muchos miran a mi altura,
no por los bienes que guarda,
sino por los que gotea,
maná de mieles y pasta.
¡Bienaventurado aquél,
que sin fijarse en mis ramas
ni en mis frutos, llegue a mí
sólo por amor, por ansia
de tenerme y de mirarme
con enamorada rabia!

Inocencia.

¡Amor, Amor!; a ti, sí:
a ti te conozco.

Amor.

¡Amada
Inocencia campesina!

Deseo.

Yo a ninguno; mas me basta
con odiaros a los dos.

Amor.

¡Quien me conoce me ama,
y hasta mi nivel eleva
su naturaleza baja!

(Pasa de nuevo el Viento corriendo.)

Viento.

Amor, el Niño se acerca.

(Se oye menos mientras más se aleja.)

Rosas, no doledle; zarzas
no seáis opositoras
lastimosas de sus plantas.

Amor.

Ve a recibirle, Inocencia,
como inseparable hermana
que eres suya. Tú, Deseo,
retírate a una cañada.

Deseo.

No quiero.

Amor.

(Dulce.)

Quiere el Amor
y has de obedecerle: ¡anda!

Deseo.

Pues aunque quiera el Amor,
no me sale a mí del alma,
digo, del cuerpo, y aquí
me he de ocultar.

(Se esconde en el hueco de un tronco.)

Escena IV

El Amor, la Inocencia, el Deseo, retraído; el Hombre-niño, el Viento, el Ruy-señor, otro personaje accidental; y, por fin, el Sueño.

(Entra el Hombre-niño detrás de una mariposa.)

Amor.

¡Para! ¡Para,
hijo mío, de correr
inútilmente, no vayas
a caer por perseguir

esa duda salpicada
de pólenes y colores
y equivocación de alas!

Inocencia.

Límpiate el sudor, hermano,
con el final de mi falda.

Amor.

Descansa, hijo, a mi sombra
de estrella.

Inocencia.

Hermano, descansa.

Amor.

Trae tu corazón, que ponga
un freno a su galopada
de buen trote.

Inocencia.

Trae tus manos;
trae tu frente rociada.

Amor.

(Llamando, requiriendo al ausente.)

¡Viento!

(Llega el Viento solícito.)

Viento.

¿Qué quieres, Amor?

Amor.

Pasa tus frescuras rápidas
sobre su aliento y sus ojos.

(El Viento se agita fresco.)

Inocencia.

¡Ruy-señor!

Ruy-señor.

(Desde una rama.)

¿Quién me demanda?

Inocencia.

Menea tu voz, menea
la gracia de tu garganta,
que tu oro libre en su oreja
como una bendición caiga.

Amor.

¡Sueño, acércate aquí!

Inocencia.

¡Sueño,
acércate!

Sueño.

(Estregándose los párpados.)

¿Quién me llama?
¿Quién interrumpe mi muerte
que se acuesta y se levanta?

Amor.

Echale sobre los párpados
as llaves de sus pestañas.

(El Sueño aherroja los ojos al Hombre-niño.)

Inocencia.

Duérmete tú, hermano mío;
cuando despiertes mañana,
jugaremos los dos juntos.

(Se duerme el Hombre-niño. Las leyes del Amor y la Inocencia llenan de música del Ruy-señor y el Viento los ámbitos.)

Amor.

Y ahora, Sueño, inventa, trama
un cuento maravilloso
alrededor de su calma,
mientras la Inocencia y yo
echamos una ojeada,
por ver si alguna serpiente
pone su malicia en danza.

(Se van el Amor y la Inocencia. El Ruy-señor detiene su canto, que lanzaba con un fervor místico, y el Viento se hace vago, ocioso, hasta perderse en silencio del teatro.)

Escena V

El Hombre-niño, el Sueño; y, casi sin presencia corporal, luego, la Virgen y un pelotón de ángeles. El Deseo, retraído.

Sueño.

Así lo haré, Amor, si tú
amoroso me lo mandas.

(Agita una campana sordo-muda, y al momento se pone el teatro celestial: cae del cielo, como una catarata escalonada, una escalera, ni de cristal ni de oro, de

una materia inmaterial; la abarandan dos hileras de ángeles, y en ella aparece una Señora conocida tan sólo de madera en los altares, que desciende hasta acariciar la frente serena del tierno adormido. Un lucero grande, como un Espíritu Santo, aletea plata, en pleno día, en la cumbre nevada de un almendro. El campo se virginiza de azucenas, que brindan por la llegada del Alba Mayor, empuñando su vaso blando, agobiado por el licor frío del relente.)

Virgen.

¿Te adormiste, Niño mío?
No temas a nadie, a nada.
Tengo puesta mi mirada
siempre en ti, como en el río.
Yo te guardo, yo te velo,
siempre en vela, siempre en vilo;
yo tu sosiego vigilo
con mi amor, que va de vuelo.
No vuelvas a la ribera;
si quieres lilios tempranos,
no es preciso que tus manos
se distancien de mi vera.
Mira ¡cuántos! a mis pies.
Huye la orilla encantada,
que hechizo de la mirada,
áspid del ánima es.
Oye el cuento del suicida:
al filo de la garganta,
que lo encanta, que lo imanta,
quiere volver a la vida.
Y reintegrarse procura
a la vida, y lucha fuerte,

mas creyendo que su muerte
ya no tiene compostura.
Y cae en la inmensidad
de su desamparo mismo,
yendo a favor del abismo,
sin querer, su voluntad;
sin querer, su pensamiento,
y sin querer, su razón,
que cayó en la tentación
llena de arrepentimiento.
Con un profundo temor
de hundirse, mas sin pensar
que se podía salvar
con un gesto de valor.
Escabullirse hasta el cielo,
con sólo haberlo deseado
y abandonar el estado
del pecado y del recelo.
De mi celestial cobijo,
hijo, nunca apartaté.
Ahora, yo te cantaré
entre mis ángeles, hijo.

(Cantan todas las criaturas celestiales.)

Fatiguillas de muerte
a un corazón le entraban,
porque subía al cielo
sin ayuda de alas.
¡Salvavidas de pluma!,
¡qué de menos echaba!
sin dirección de fe
ni sustento de ganas.
Con vocación de vuelo,
¡todo el mundo a las altas!

¡Todo el mundo salvado
con voluntades pájaras!

(Se dejan oír unas risas que hacen presumir presencias pecadoras, y el cuadro divino descompone su milagro; Dios recoge su escalera plegable como un acordeón musical; hay un revuelo de ángeles que huyen a la desbandada; y la Virgen, seguida del lucero, desaparece en una confusión de manto y cielo. El sueño queda suspenso.)

Escena VI

El Niño, dormido; el Sueño, suspenso; el Deseo, retraído. Los Cinco Sentidos.

Mirar.

¡Alegraos, hermanos!:
aquí nuestro amo está,
que en nuestro siervo, pronto,
habemos de tornar.

Oler.

¡Albricias!

Gustar.

¡Oh!, ¡qué ganas
tengo de pelear
con él!

Tocar.

¡Llegó la hora
de no dejarlo en paz!

Oír.

¡Guerra! ¡Guerra a nuestro amo!
que nos miraba mal,
porque no nos miraba
más que a la hora de usar
de nosotros: a la hora
del trabajo.

Tocar.

¡Afilad
vuestras armas! Tenemos
que pedirle el jornal
de la labor llevada
a cabo en su heredad
gratuitamente... Y... ¡bueno!,
¡ay de él si no lo da!

Gustar.

Yo me he puesto dos filos
ya sobre el paladar.

Oír.

Yo ya llevo en la oreja
aguzado el puñal.

Oler.

Yo tengo una hoz oculta
debajo de un rosal.

Mirar.

Arriba de un manzano,
yo un azadón mortal.

Tocar.

Y yo, en todas las cosas,
tengo, para su mal,
una armería puesta
de espinas que le harán
sangrar, de viboreznos
que lo han de envenenar.

Deseo.

(Que quiere salir de su madriguera y no lo logra.)

Amigos, ¡ayudadme!,
quienquiera que seáis,
a salir de este cuerpo
del que me hice tragar
por fuerza, y que, por fuerza,
no me quiere soltar.
¡Ayudadme a salir!,
que no es éste, en verdad,
el interior que mi
pasión buscando va.

(Los Cinco Sentidos se llegan al Deseo y tiran de él hasta librarlo del hueco de la vida del árbol.)

¡Ay! ¡Por fin abandono
mi funda vegetal!
Agradecido, amigos.
Lo que queráis mandad
de mí.

Oír.

Dinos: ¿quién eres?

Deseo.

El Deseo. A quedar
con Dios.

Oír.

Espera, que
no he acabado ya.
¿Qué hacías por aquí
que te llevó a ocultar
en ese árbol?

Deseo.

Nada
que sea original:
dar tumbos por el mundo,
para ver de encontrar
un amo a quien servir,
mas con mi autoridad;
un amo que quisiera
mi querer nada más;
que mandara obediente
bajo mi voluntad.
Y estaba ahí dentro, porque
dió la casualidad
que me saliera al paso
Amor, y me hizo entrar,
si no donde él quería,
donde hallé una oquedad.

Oír.

¿Conque amo buscas? Pues
delante de ti están
cinco, y los cinco somos
cual el más principal.

Quédate con nosotros;
desde hoy nos servirás
como es tu gusto y nuestro.
(Señala al Hombre-niño.)
Mira: a tus pies está
la finca cuyos campos
hemos de laborar.

Deseo.

¡Pocos linderos tiene;
pronto se acabará
la faena!... Con gusto
me quedo. ¿Qué jornal
me daréis?

Oír.

Divididas
las cosechas serán;
una mitad es nuestra;
y tú te llevarás
la otra mitad.

Deseo.

(Yo pienso
llevarme otra mitad.)

Oír.

¡Ea, pues! ¡Comencemos!

Todos.

¡Vamos a comenzar!
(Se dirigen al Hombre-niño en actitud rapaz y el Sueño huye.)

Hombre-niño.

(Despertando.)

¿Quién me ha llamado, madre?
¿tú?... Pero... ¿dónde estás?

Oír.

Somos nosotros.

Hombre-niño.

(Estos...)
Vosotros... (¿Quién serán?...)
¿Quién sois?

Todos.

Vuestros criados.

Hombre-niño.

¿Sois mis criados?... ¡Ah!...
(Y ¿quién son mis criados?...)
Y ¿qué queréis?: hablad,
criados míos (que yo
no conozco).

Oír.

Escuchad.
Queremos, señor nuestro,
pues que llevamos ya
doce años en tu hacienda,
y para trece van,
recreándote con colmos
de grano candeal,
de vino aloque y frutas,
y de agua de un brazal,
con música el oído,

con miel el paladar,
con oro las dos manos,
con olores de azahar
repartido en el aire,
el órgano nasal,
y con un paraíso
los vidrios de mirar;
queremos que nos suba
un poquito el jornal.

Tocar.

Mire usted que es razón.

Mirar.

Que no es exagerar
mucho, pedir un poco
a su gran cantidad.

Oler.

Que la hacienda con eso
no menoscabará.

Gustar.

Que tan poco pedimos,
que no es nada en total.

Oír.

Que lo que está en razón
siempre razón será.

Deseo.

Y que si por las buenas
lo justo no nos da,

por las malas, señor,
lo tendrá que pagar.

Hombre-niño.

¿Qué me decís? ¡No entiendo
qué es lo que deseáis!

Oír.

No se haga el *longui,* amigo.

Oler.

No vale simular,
que a usted le conocemos
desde antes de rapaz.

Tocar.

Y si no nos atiende...

Mirar.

Ni tiene caridad...

Gustar.

Ni nos respeta...

Deseo.

Y sigue
comiendo nuestro pan,
nuestra sangre...

Oír.

¡Ay de usted!

Tocar.

¡Ay de todo su afán
por salvarse!

Oler.

Las hoces
sirven para segar:
pero yo he descubierto
que sirven además
para humillar cabezas.

Mirar.

Yo, que el fuego voraz,
además de calor,
la muerte a un bosque da.

Oír.

Yo, que el martillo doma
huesos como el metal.

Gustar.

Yo, que la reja puede
convertirse en puñal.

Deseo.

Yo, que los dedos tienen
un poderoso imán,
que saca los tesoros
de un sagrado lugar
como de cualquier parte.

Tocar.

Y yo, que bombas hay,
que de angustia y dolor
el mundo hacen temblar
cuando hay voces que gritan:
¡Abajo el capital!

Hombre-niño.

¡Dejadme en paz, criados
míos! ¡Dejadme en paz,
malcriados! No sé
qué queréis insinuar.
No sé qué amenazáis
con tanta enemistad.

Oír.

Lo que pedimos es
claro como el cristal;
como Dios y el zapato,
más justo que cabal.

Hombre-niño.

Y ¿qué pedís?, que yo
no entiendo qué he de dar.

Oír.

Pues si el entendimiento
queréis disimular
tan repetidas veces...
¡Temed!

Mirar.

¡Huid!

Tocar.

¡Temblad!

Gustar.

¡Gemid!, ¡llorad!

Oler.

¡Amparo
a Dios solicitad!

Oír.

Porque de su egoísmo
nos vamos a vengar.

Deseo.

¡Venganza!

Hombre-niño.

¿Qué?

Todos.

¡Venganza!

Oír.

¡Será un golpe mortal!

(Se van gesticulando como monigotes de rabia.)

Escena VII

El Hombre-niño solo. Se advierte ya en todo su aspecto un como asomo de hombre. En todos sus gestos una inquietud de Adán antes del primer pecado.

Hombre-niño.

¿Quiénes son esos extraños
a los que no he conocido,
que dicen que me han servido
desde mis primeros años?

Unos penas y otros daños,
patentizan un portento
todos, que ya, sobre el viento
próximo a mi alrededor,
con temor y sin temor,
presiento, siento y consiento.
¡Ay!; ¿qué me ha pasado a mí,
sin nada haberme pasado,
que me veo trastornado,
viéndome como me ví?
Dormido me quedé aquí
y aquí despierto ahora estoy;
y sin embargo, no soy,
sin poder dejar de ser,
el que esta mañana, ayer,
se metió en mañana, hoy.
¿Son estos ojos los de antes
de que me cogiera el sueño?
¿Es este ceño mi ceño?
¿Son los mismos mis talantes?
¿Son estos campos brillantes
de soledades y canos
de flor y frío tempranos?
¿Es este mi cuerpo?... ¿Es?...
Mis manos parecen pies,
y mis pies parecen manos.
¡No puedo advertir, no puedo
brujulear qué me pasa!
¡Qué lejos está mi casa!
¡Cómo la luz me da miedo!
Me voy... no me voy... Me quedo...
no me quedo: no me voy...
¿Por qué la soledad hoy
me manda temor, Señor?...

¡Ay!, ¡qué frío! ¡Ay!, ¡qué calor!
¡Ay!, ¡yo no soy el que soy!
Me iré al Pinar del Otero
a batallar con las flores,
a hablar con los ruy-señores
y a jugar con el Cordero.
En las aguas del Venero
veré temblar y bogar
barcas de hojas de cañar...
Pero ni flor, ni Cordero,
ni ruy-señor, ni Venero,
me pueden ya hacer jugar.
Cogeré esta joven rosa,
que se eleva, avergonzada
de vivir para la nada,
hasta el elogio de hermosa.

(Va a coger la rosa y se clava en ella.)

Mas ¡ay!; querer una cosa
que conozco, la vecina
por conocer, leve y fina,
me trae al conocimiento:
¡la primer rosa que intento,
me da la primer espina!
¿Cómo curar la amargura
de tu experiencia, dolor?...
¿Aplicándole el licor
de esa viajera dulzura?

(Alarga la mano hacia una abeja que va poniendo mordazas de flores a sus zumbidos. La alcanza, experimenta su aguijón y se le escapa.)

¿Mi dolor no tendrá cura?:
busco miel y encuentro hiel.

¡Cómo tenerlo si, cruel,
mi egoísmo sin pareja,
quiso matar a la abeja
para sacarle la miel!
Dolor, dolor y dolor
implica conocimiento.
Mientras no te experimento,
pena, no me das temor.
¡Ay, espina!, pena en flor,
que extrañaba y ya no extraño;
me has anticipado un año
de vieja sabiduría,
y conozco tu valía,
porque conozco tu daño.

(Se sienta, adoleciente y mustio, en tierra. Todas las blancuras circundantes se pronuncian lentamente hacia su resolución. Entra el Viento corriendo, como siempre.)

Escena VIII

El Hombre-niño, el Viento accidental; después vendrán el Amor y la Inocencia de sus correrías.

Viento.

¡Que viene el Amor, que va
con la Inocencia de guía!
Amándole llegad, cosas,
a esperarle de rodillas.

Hombre-niño.

¿Quién eres tú, que me das
las noticias primerizas

del fruto, dándome su alma,
su olor, antes que su vista,
su sabor y tacto?... ¿Quién?

Viento.

El esposo de la brisa.

Hombre-niño.

Y ¿quién es la brisa?, dime.

Viento.

Es una prima legítima
de mí y del aura.

Hombre-niño.

Pues dime
quién es el aura en seguida,
porque hasta ahora no sé
quién eres tú ni tu prima.

Viento.

Para acabar cuanto antes:
yo soy la palabra misma
de Dios: el Viento: ése soy;
y ¡por Dios! que soy de prisa.

(Se va conforme vino, y se le oye.)

¡Que viene el Amor! Id, cosas,
a darle la bienvenida.

(Entran el Amor y la Inocencia.)

Amor.

¡Cómo! ¿Despierto, hijo mío,
ya?... ¿Quién te despertaría?

Hombre-niño.

No sé; me dormí adormido
por tu dulce compañía,
y me desperté sin ti
y sin ti, Inocencia mía.
Cinco furias fueron mi alba;
cinco rabias, cinco iras,
acompañadas de un sexto
que las alienta e incita.
Me miraban cinco odios,
me gritaban cinco arpías,
me asfixian cinco volcanes
con vaharadas amarillas;
cinco víboras me rozan,
y de pie las cinco, silban,
y me hacen probar las cinco
sus cinco colas de mirra.

Amor.

¿Cinco?

Inocencia.

¿Cinco?...

Hombre-niño.

¡Cinco! !Cinco,
que uno que hace el seis agita!

Inocencia.

(¡Ay, Amor! ¿No aciertas tú
quien esos cinco serían?)

Amor.

(¡Oh, sí! Los Cinco Sentidos.)

Inocencia.

(Pues ¡calla!; no se lo digas,
que temo que va a perderme
si se entera su malicia.
Pero ya creo que estoy,
más que ganada, perdida
para él, aunque me veo
blanca en su edad todavía.)

Amor.

(Inocencia, no se gana
nada cuidando el enigma,
si él lleva dentro la clave,
y tiene que descubrirla,
y con ella, su misterio,
pronto o tarde, cualquier día.
Será mejor que le hable
y con la razón le asista,
puesto que se halla en un trance
terrible de muerte o vida.
Mejor que probar a ver
si el tiempo al enfermo alivia,
será probar un remedio
y darle una medicina.)

Inocencia.

(Pues si hay medio de salvarlo
cuando su vida peligra,
¡háblale, Amor!, que se salve,
que yo moriré tranquila.)

Hombre-niño.

¡Cinco eran! ¡Cinco! ¡Cinco!

¿Sabes quiénes eran? Mira:
Cinco atribuciones son
que le dió Dios a tu arcilla
para que hagas uso de ellas
cuando te sean precisas.
Cinco espadas que te ayuden,
cinco siervos que te sirvan,
cinco canes que te guarden,
cinco opiniones distintas,
que convengan en lo mismo,
si aquello mismo no opinan;
que cataloguen las cosas
en grandes, medias y mínimas,
en blancas, rosas y verdes;
coloradas y pajizas;
en calientes y en templadas,
en ardorosas y en frías;
en buenas y regulares,
en peores y malignas;
en agradables, contrarias,
compañeras y enemigas;
en ásperas y en suaves,
en azúcar y en acíbar;
en luz, en sombra, en penumbra,
en años, meses y días;
en minutos, en momentos,
que son pequeñas partículas
que hacen horas, y estas horas,
eternidades de cifras,
de números, de problemas,
de matemáticas rígidas,
para dividir el tiempo,

para sumar las espigas,
para restar las estrellas,
mientras que Dios multiplica
ceros y ceros y ceros
en su pizarra divina.
De que tus atribuciones
no usen de ti, al revés, cuida;
de que te hieran tus armas;
de no despertar la envidia
de tus siervos, de tus perros
la rabia de sus encías;
y de que tus opiniones
no se vean divididas
y hagan distinción de todo
distintamente distintas.
Para eso te dió Dios,
además, esa luz íntima,
esa razón, que ha de ser
razón de ser de tu vida.
Para que con mano dura
pongas al Deseo bridas,
que es potro que se desboca
en cuanto ve en la campiña
una carretera fácil
con un lejos de mentiras.
Para que por los senderos
difíciles lo dirijas.
¿No es el dulzor de la rosa
peor que el dolor de la espina,
que si te pone temor
pasión de pecar te quita?...

Hombre-niño.

¡Ay, Amor!; menos te entiendo
que a los otros entendía.

Amor.

¡Alumbra, razón, alumbra!

Inocencia.

¡Anima, ánima, anima!

Amor.

¡Oh, Señor! ¡Echadle el cable
de vuestra sabiduría,
que naufraga!

Inocencia.

¡Que se cae!
¡Que me caigo, y él encima!

(Entran los Cinco Sentidos y el Deseo.)

Escena IX

El Hombre-niño, el Amor, la Inocencia, los Cinco Sentidos y el Deseo.

Oír.

(Ya está la red colocada.)

Mirar.

(Ya está en la rama la liga.)

Oler.

(Ya está en la honda la piedra
en la situación más crítica.)

Gustar.

(Ya está el abismo a sus pies,
con apariencias amigas,
solicitando su cuerpo,
tras imantarle la vista.)

Tocar.

(Ya dentro del fruto está
el peligro de la avispa.)

Deseo.

¡Pronto!, ¡pronto! ¿Qué esperáis
para hacerlo vuestra víctima?

Oír.

(Que se alejen el Amor
y la Inocencia enemiga.)

Deseo.

(¡Prendedlos! ¡Crucificadlos!)

(Se adelantan los Cinco Sentidos y maniatan al Amor y la Inocencia. El Hombre-niño intenta huir.)

Deja tu planta pasiva
y tu intención: nada temas,
que tu vida no peligra.
Sólo buscamos a éstos...
¿Los conoces?

Hombre-niño.

No... De oídas
nada más.

(Canta un gallo al punto.)

Amor.

En verdad digo,
que si abunda la mentira,
hay más gallos que la nieguen
que criaturas que la digan.
Hijo, por ti me maniatan
mis palmas de cielo altísimas;
por ti me anillan de esparto
y en cruz me imposibilitan.
Igual que a palmera atada
a su columna sencilla,
me hará glorioso el tormento,
me hará la sombra tan viva
luz interior que, subido
a los cielos, desde arriba,
bajaré en lenguas de fuego
centelleantes e invictas,
transformado por amor
sobre tu frente contrita.

Inocencia.

¡Ay!; ¡que me veo por él
desamparada y perdida!

Deseo.

¡Dadles madera a los dos
en aquella serranía!

(Los Cinco Sentidos se llevan al Amor y la Inocencia entre azotes.)

Escena X

El Hombre-niño, el Deseo; luego, la Carne y los Cinco Sentidos.

Deseo.

Ahora tú, criatura bella,
con satisfacción respira;
te libré de tus amigos,
tus enemigos, que diga.
¿No te es la vida más ancha,
más fácil, más tentativa,
que con aquellas presencias
que mirar al mundo evitan?

Hombre-niño.

(Respira anhelante, como si se ahogara.)

¡Oh, sí!

Deseo.

¿No sientes nutrirte
de una corriente encendida,
de un volumen de que antes
estaba tu alma vacía?

Hombre-niño.

¡Oh, sí!

Deseo.

¿Escuchas un latido
en tu pulso, en tus mejillas,
y en tu pecho?

Hombre-niño.

¡Oh, sí!

Deseo.

¡Es tu sangre,
que se redondea y brinca,
ardiente composición
de reloj, raíz y viña!

Hombre-niño.

¡Oh, sí!

Deseo.

(¡Ya de mí se llena!
¡Ya de mí se contamina!)
(Fingiéndole lo que le dice mágico.)
¿Ves aquella sutil parra
alhajada de delicias
como senos de topacio,
que en espirales lascivas
está con fuerza abrazada
al chopo aquel?... ¿No te harías
chopo tú por una parra
más viciosa y más pulida?

Hombre-niño.

¡Oh, sí!

Deseo.

¿Ves aquella higuera,
cuyas hojas significan
el esquema de tu sexo,
siendo la primer camisa
que usó la primer mujer
por comer cosas prohibidas?
¿Llegarías a su sombra
regaladamente fría
(digo, ardiente y lujuriosa),

a comer con avaricia
lo mejor de aquel manzano,
cuyo objeto sintetiza
¡tanto! mundo con la forma,
¡tanto! encanto con la vista,
¡tanto! mal con la dulzura,
con lo breve ¡tanto! acíbar?

Hombre-niño.

¡Oh, sí!

Deseo.

(¡Ya es mío! ¡Ya tengo
dueño que a mí, siervo, sirva!)
Pues aguarda, aguarda, a ver
si tus deseos realizas.
¡Carne! ¡Carne!

(Hace su aparición la Carne de forma y aspectos serpentinos, danzando con una manzana en los dedos.)

Carne.

¿Qué me quieres?

Deseo.

Este te quiere y te invita
a que le des a morder
esa tentación que empinas.

Carne.

¡Toma!

Hombre-niño.

(Abre un palmo de ojos deslumbrados.)

¡Oh!

(Acerca su mano al fruto; pero reacciona hacia su niñez, hacia Dios, con el

sentimiento doloroso, el presentimiento de que se le acaban ambos.)

¡No! ¡No es posible!
¡Ay, que no puedo!

(Entran los Cinco Sentidos sigilosamente y rodean al Hombre-niño invisibles.)

Deseo.

¡Cómo! ¿Se te ha acabado ya la gana
y está el manjar intacto? ¿Te da miedo
un deleite? ¿Te asusta una manzana?

Hombre-niño.

¡Ay!, que en esa dulzura veo un acedo
final; en ese hoy breve veo un mañana
eterno, y si mi pie me lo permite,
contra el imán mis pasos ejercite.

(Quiere escapar y se queda en la duda de los dos caminos: irse o quedarse. Los Cinco Sentidos lo acechan para no dejarlo huir.)

Deseo.

(A la Carne.)

¡Danza, tú! ¡Danza más lúbricamente,
alrededor de su contorno justa!
¡Dánzale! ¡Muérdele, bella serpiente!
Elevada hasta el colmo de tu fusta,
un golpe de lujuria da a su frente.

(Danza la Carne como una lumbre de mimbre irisada alrededor del Hombre-niño, rozándole, soplándole su aliento. Le da un manotazo caricioso al fin.)

Oír.

¡Oye!

Mirar.

¡Mira!

Tocar.

¡Tantea!

Oler.

¡Huele!

Gustar.

¡Gusta!

Deseo.

¡Acércale tus dientes a la poma!

Oír.

¡Anda!

Mirar.

¡Corre!

Oler.

¡No temas!

Gustar.

¡Muerde!

Tocar.

¡Toma!

Carne.

¡Toma: prueba, mi amado!

(Las voces interiores del Amor y la Inocencia.)

Amor.

¡Que te quemas!

Inocencia.

¡Que te pierdes!

Hombre niño.

(Vuelve a acercar la mano al fruto.)

¿La cojo o no la cojo?

Carne.

¡Nada temas, amado!; nada temas
de su color de oriámbar blanquirrojo.

Amor.

¡Que te dañas!

Inocencia.

¡Que mueres!

Carne.

En mis yemas
se la ofrezco a tu boca.

Hombre-niño.

Me da enojo,
y no.

Carne.

Yo morderé, contigo, el seno,
por quitarte el temor de si es veneno.

(Muerde la manzana y se la da a morder al Hombre-niño con un gesto sabroso.)

¿Dudas aún?... ¿Rehusas mi regalo?
(¿Qué inventaré para que mío sea?...
¡Ah, sí!: el llanto.) ¡Qué duro eres! ¡Qué malo!

(Llora, y dice a los Cinco Sentidos y al Deseo)

(¿Qué os parece?)

Deseo.

(Tuviste buena idea.)

Hombre-niño.

¿Qué haces?

Carne.

Llorar por ti.

Hombre-niño.

¿Sin darte palo
ni pedrada? No llores, ¡vamos, ea!

Carne.

¿Cómo no he de tornar mi rostro un río,
si no gustas de un gusto que es el mío?

Hombre-niño.

Por no verte llorar... ¡Dame del fruto!

(La Carne se lo pone en la boca con una solicitud pecadora y alegre.)

Carne.

¡Oh, mi querido amado! ¡Muerde! ¡Muerde!

Hombre-niño.

(Tristísimo después de haber comido.)

¿Qué tiene esa dulzura de minuto,
que me amarga comida como verde?

Oír.

¡Pierde tu hacienda, por nosotros, bruto!

Mirar.

¡Asno!

Oler.

¡Perro! ¡Cochino!

Gustar.

¡Sapo!

Tocar.

¡Pierde
tu propiedad mejor!

Deseo.

Tú, Carne, ¡danza!

Todos.

¡Ya realizada está nuestra venganza!

Oír.

¡Ya lo tengo!

Gustar.

¡Ya es nuestro!

Oler.

¡Mío!

Tocar.

¡Mío!

Mirar.

¡Ya es de todos y todos nuestros males!

Deseo.

Hará lo que queramos su albedrío.

Oler.

A inclinar su afición a las sensuales
rosas voy.

Gustar.

Yo a las márgenes del río

Deseo.

Haré yo hasta las brisas corporales.

Tocar.

Reduciremos todos al león bravo.

Todos.

¡A esperar nuestras órdenes, esclavo!

(Danza la Carne enloquecida y cambiante. Los Cinco Sentidos hacen burlas soeces al Hombre-niño bajo la mirada de lobo satisfecho del Deseo. Los almendros, las nieves, las nubes, empiezan a llover su pureza simbólica con un estruendo temeroso. El Estado de las Inocencias se va tornando, entre esta escena y la final, en un paraíso vicioso de higueras, manzanos y toda clase de árboles sensuales.)

Deseo.

Deponiendo blancuras iniciales,
lunas atropellando campeadoras,
con espuelas de palmas surtidoras,
cañas jugando en potros de cristales,
imperiales granadas, dulces moras,
valencias de capullos y rosales
gana abril: cid-ruy-díaz de colores,
en campo, en lucha, de verdor, de flores.

Con pasto el niño de algodón de mano,
a fuerza de paciencia y de meneo,
apacienta en los cielos su correo,
una vez liberal, otra tirano.
La naranja, verdugo veterano,
la inocencia ejecuta de su reo,
párpado de su olor, puerto de abeja,
que ni muere del todo ni se queja.

Interlunas, oriámbares, temblores,
giraldadas alturas datileras,
sin barandas desnucan ni escaleras,
jinetes del Señor, mozos mayores.
Se bisan por amor los ruy-señores
sobre las millonarias ya riberas
del álamo mudable, si por trino;
y el lagarto—¡esplendor!—firma su sino.

Movimiento de seda que se anilla
a fuerza de dormir y verde cama,
con espíritus de hilo, celdas trama
el gusano, después preso en capilla.
Traduce, ¡con qué fe tan amarilla!,
el oro cascabel más alto en rama,
por surgir, si no víctima de gala,
redentora semilla de ala y ala.

Espigas pronostican coberturas
¡en tanta pugna!, ¡en tanta unión de panes!:
presuntas de riqueza arquitectura
para enarcar con eras, con afanes.
El río, haciendo bruscos ademanes,
ministro de fomento de hermosuras,
jurados por error, conflictos crea
de ranas, que a su fuga acusan rea.

Salvavidas de pétalo y espina,
cables echa el rosal, tablas de gracia,
a la náufraga miel que, muda, sacia
su sed, y titubea parlanchina.
Canos desembaraza el sol, inclina
montes de vidrios bordes (verbigracia):
pues no propende ni a tenor ni a río,
sin trillo de calor, parva de frío.

De punta en blanco armado, puro el lilio,
orinal del relente y sublunado,
faldones de organdíes saca al prado
entre las hierbabuenas de virgilio.
Se pronuncian las hojas en concilio,
y el áncora, si el hueso, de su estado,
muda en sombra el sostén—¡rama!—del higo,
moro plural que, al fin, vence a rodrigo.

(Se alejan todos tras la Carne danzarina, menos el Hombre-niño, que los mira irse abatido.)

Escena XI

El Hombre-niño solo.

Hombre-niño.

¡Ay! ¡Pequé! ¡Pequé! ¡Pequé!...
Supe lo que no sabía:
y ¿qué más que el primer día
mío sé que ya no sé?
¡Ay! ¡Todo es un no-sé-qué
aparentemente cierto;
que, entre dormido y despierto,
sin saber si muero o vivo,
vivo media vida vivo,
vivo media vida muerto!

Yo no buscaba el pecado,
pero el pecado me halló,
y en vez de esquivarle, ¡yo!
le di entrada en mi cercado.
¡Ay, Dios! ¡Ay, qué desgraciado
soy!, ¡seré por lo que fuí!

¿Qué hacer, pecador, aquí?...
Matar el tiempo sudando,
que él mismo se está matando
y me está matando a mí.

Yo ya no merezco estar
entre la nieve y el lilio,
ni solicitar auxilio
de la Virgen del altar.
¡Trabajar y trabajar
y ganar con mi sudor
el pan que perdió mi amor
haré!

(Oyendo al Ruy-señor de su infancia que vuelve a cantar.)

¿Por qué no has cantado,
para evitar mi pecado,
un poco antes, Ruy-señor?

(Entran el Esposo y la Esposa.)

Escena XII

El Hombre-niño, el Esposo y la Esposa.

Esposo.

Hijo mío, ¿dónde estás?

(El Hombre-niño siente la primer vergüenza al oír la voz de su padre y se oculta tras una higuera.)

¿Dónde estás?

Esposa.

(Descubriéndolo.)

¡Míralo allí
oculto!

Esposo.

¡Te escondes! Di,
di por qué...

(El Hombre-niño se quiere alejar.)

¿Por qué te vas?
¿Por qué? ¿Por qué no nos das
a los ojos tu mirada?

Esposa.

¿Por qué, hijo mío?

Hombre-niño.

¡Por nada!

Esposa.

Algo tiene que no suele
tener tu aspecto.

Hombre-niño.

¡Me duele
el alma como una espada!
Busco cielo y ¡sólo encuentro
la tierra a mi alrededor!

Esposo.

No mires al exterior,
que el cielo lo llevas dentro.

Esposa.

Allí encontrarás su centro.

Esposo.

Pero explícanos: ¿qué guerra
bajo tu frente se encierra,
que hablas terrenal y triste,
tú que nunca nos dijiste
un pensamiento de tierra?

Esposa.

¡Sabio estás!

Hombre-niño.

De adoleciente.

Esposo.

¡Melancólico!

Hombre-niño.

De amante.

Esposo.

(Ante esta palabra nueva en los labios del hijo.)
¡Tú! ¿Sabes ya?...

Hombre-niño.

Hace un instante
lo supe ignorantemente.

Esposo.

Y ¿no esquivaste, valiente,
el cuerno, con la razón?

Esposa.

¡Hijo de mi corazón!

Hombre niño.

¡Cómo evitar la embestida,
si al darme, padre, tu vida,
me diste tu condición!

¡Cómo había de evitar
la terrible inconveniencia
de la que fuí consecuencia,
de la que me hizo alentar!
¡Cómo, si me diste par
sangre a la tuya, su brío
y su ardiente poderío,
evitar lo inevitado!...
¡Padre, sobre tu pecado
está concebido el mío!

Yo soy como la cometa
que a los cielos se subió.
¿Por eso es celeste? ¡No!
Que está a la tierra sujeta.
Ella tan sólo interpreta
una voluntad extraña.
Y hay que ver que, si se ensaña
el papel en huir tranquilo,
lleva en contra el rabo, el hilo,
la mano, el gusto y la caña.

Lo que es grave, lo que, peso,
le impide, de cualquier modo,
el ser, graciosa del todo,
todo un celestial suceso.
Pide, libremente preso
su impulso, más algodón
su espiritual pasión
de volar, que es la del viento:

mas ¡ay!, ¡cuánto impedimento
ponen a su petición!
Y por más que se aficiona,
devoto el papel, dispuesta
la actitud, ¡cuánto le cuesta
subir más!, ¡cuánto se encona!
Y ¡ay!, de pronto la destrona
de tan elevado empleo
como es volar, un meneo
simple en el hilo liviano,
sometiéndola una mano
al dictamen de un deseo.

Esposo.

¿Qué has hecho de tu querida
hermana Inocencia, di?

Hombre-niño.

Con Amor murió por mí,
que el puro amor es suicida.
Me diste, padre, una vida,
sin pedir, que recibió
antes el mundo que yo,
con la Inocencia. ¿No es justo
que se muera por mi gusto,
si por el tuyo nació?

Esposo.

¡Es injusto!

Hombre-niño.

¡Más lo fué
mi nacimiento!

Esposa.

¡Hijo mío:
has llegado al desvarío!

Hombre-niño.

¿Por qué nací, di? ¿Por qué?

Esposo.

¡Oh, qué dolor!... No lo sé.

Hombre-niño.

Porque tu quisiste. Por
un mal paso de ese humor,
mal humor, que se presenta
en cualquier parte, que aumenta
las miradas y las venas
e injuria las azucenas
que el mes de mayo fomenta.

Porque miraste hacia fuera,
con gana de ver portentos,
y entre los cuatro elementos
uno te hicieron: hoguera.
Dejaste que consintiera
tu voluntad toda cosa.
Toda la mujer hermosa
te inspiraba un frenesí,
y tú me espiraste a mí
en el vientre de tu esposa.

Esposa.

¡Hijo mío!

Hombre-niño.

¡No lo soy!

Esposa.

¿Qué dices?

Hombre-niño.

¡Que soy de todas
con las que imposibles bodas
cometió mi padre!

Esposa.

¿Estoy
en mí?... ¿Estás en ti?...

Esposo.

Desde hoy,
¡mal hijo desobediente!,
si mucho mi amor lo siente,
a ganar tú mismo vas
el pan, ¡y lo ganarás
con el sudor de tu frente!

Hombre-niño.

¡Ya lo sé que está obligada
mi vida, por mi pecado,
a hundir, si en tierra un arado,
dentro del cielo una aijada!
Que la tierra, siempre arada
para mí, ha de ser, ahora
siempre por arar, señora
de mis más breves minutos.

¡Por eso voy por dos brutos
y por una labradora!

(Vase.)

Esposa.

¡Hijo, no te vayas! ¡Prenda,
ven! ¡Hijo!

Esposo.

¡Déjalo, Esposa!,
que en la vida dolorosa
de la deserción aprenda.

Esposa.

¡Ay! Que antes, como esa senda
sin revueltas ni arideces,
con sus grandiosas niñeces
iba y volvía al hogar:
mas irse para tornar
no es irse: es venir dos veces.

¡Esposo! Y ahora presiento
que se va, como un río verde,
y mi corazón lo pierde,
no dos veces, si no ciento.
Como un río, como un viento,
¡se va para no volver!
¡Ay! Que si vuelve, ha de ser
tan trocado, que me aflijo
de temor de que mi hijo
no me llegue a parecer.

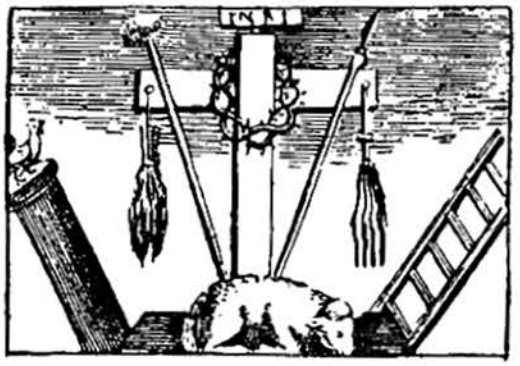
Fin de la primera parte.

MIGUEL HERNÁNDEZ

Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras

(Auto sacramental)

SEGUNDA PARTE



AGOSTO
1 9 3 4

PERSONAJES

DE LA

SEGUNDA PARTE

(Principales).

PASTORA	PASTOR
HOMBRE	DESEO
LOS CINCO SENTIDOS	CARNE

(Accidentales).

LAS CUATRO ESTACIONES	LOS CUATRO ECOS

Parte segunda.

(FASE ANTERIOR)

Estado de las Malas Pasiones: un vergel nocivo, reino de la sensualidad.

Escena I

El Deseo y el Hombre-niño anterior, ya el Hombre; que entran como que vienen de camino.

Deseo.

¡Detente! Hemos llegado
al hermoso paraje,
al bienestar fecundo de este Estado,
propósito y final de nuestro viaje.
Quítate el polvo que alió el camino,
hasta aquí concurrente,
que se marcha otra vez por donde vino
siempre, siempre presente,
futuro y venidero,
al de tu pie romero y no romero.
Refréscate la frente
con el favor de luz de esa corriente.

Hombre.

Estoy cansado... Quiero
reposar...

Deseo.

Bebe antes
a la fuente sus líquidos semblantes.

(Se acerca el Hombre a la fuente que está allí de pasada y al ir a beber se embebe en el agua.)

Deseo.

(Que le observa.)

¡Tropezó con su cara!

Hombre.

¡Oh! ¿Quién habita dentro
de esta mansión de agua?

Deseo.

¡El agua clara!

Hombre.

Y ¿quién sale al encuentro
de mi rostro, que me es desconocido?...

Deseo.

Tu rostro.

Hombre.

¿Yo? Y ¿es esa mi criatura?
¡Qué gozo! ¡Yo plural! ¡Yo repetido!

(Abocándose más interesado de sí mismo.)

A ver, a ver: ¿cómo ando de hermosura?

(Se contempla coqueto.)

No estoy mal: grandes ojos, frente buena,
agraciada figura,
alta sien, boca roja, tez morena.

Sólo me da recelos
de fealdad esta barba... ¡Sobran pelos!
¡Dime, Deseo, dime!
¿Cómo no llegué a ver, antes de ahora,
mi persona sublime
en el limpio reflejo?

Deseo.

No había echado aún tu labradora
azogues de malicias al espejo.

Hombre.

(Vuelve a mirarse y no se harta de ver su bobería.)

¡Qué perfección! Seguro estoy de que ella
me ama por mi arrogancia ¡tanto y tanto!

(El Deseo tira una piedra en el centro de la paz de plata.)

Hombre.

¿Pero quién atropella
la visión plateada, el dulce encanto,
de mi contemplación de mí, Deseo,
que siendo tan hermoso estoy tan feo?

Deseo.

Sólo una piedra inerte,
pero segura.

Hombre.

¿Y una piedra pudo
con un leve meneo?...

Deseo.

Con un leve meneo, pero fuerte.

Hombre.

Con un poco de peso...

Deseo.

Pero rudo.

Hombre.

Desilustrado y mudo
dejarme... ¿Como?

Deseo.

(¡Calla,
que más hará la Muerte
y será más pequeña la batalla!)
Acuéstate: reposa
sobre esa blanda arena,
bajo esa higuera, encima de esa rosa,
(lejos la castidad de la azucena,
cerca la tentación de los claveles),
que habrás de empezar pronto la faena
que ya te están pidiendo estos vergeles.

Hombre.

(Acostándose.)

Y dime: ¿me veré de mejor suerte,
después, en esa parte
sosegada del agua?

Deseo.

Podrás verte:
pero no tendrás tiempo de mirarte.

(Se duerme el Hombre.)

Duerme, que yo te velo
traidoramente alerta;

y aun en sueños, te inclino, te amartelo
a la Carne dañina.
Duerme, que abra a tu sangre yo la puerta,
procurando tu ruina.
Duerme: muere, trabaja
tu muerte: eres gusano,
que durmiendo cultiva su mortaja
sobre su verde catre valenciano.
En este huerto, que el pecado alhaja
de pomos seductores,
tristemente risueño,
para después del sueño
le tengo ya previstos: a tu mano,
un arma que amortigüe sus vigores;
a tu frente, la nata
del sudor, del pesar y de lo anciano;
y a tus pies, una tierra tan ingrata,
que labores exija a tus labores,
mientras, cómitre, te ata
a una vida forzada de rigores.

Escena II

El Deseo, el Hombre, dormido. Las Cuatro Estaciones, cargadas de sus productos. Entran pregonando.

Ivierno.

¡Agua de nieve pura y verdadera!
¿Quién quiere mi agua fría, mi agua pura?

Primavera.

¿Quién quiere rosas de la Primavera,
en vez de tanta carga de frescura?

Estío.

Dentro de mi nevera,
tengo el agua de Ivierno;
tengo las bellas rosas que mi Prima-
Vera se pone encima
de su cuerpo, y mis gomas,
y mi luz candeal, y mi pan tierno,
mis cigarras, mis fuegos y mis pomas.

Otoño.

Pues todo aquel que quiera,
puede pedir del rico tiempo mío
lo que ofrecen Ivierno y Prima-Vera,
lo que cumple el Estío.
¡Todo recolectado lo tributo!:
agua de nieve pura y verdadera,
rosas de abril y brío,
trigo, luz, fuego, fruto,
y además de cigarras,
aquel precioso líquido de luto,
sangre de Eucaristía,
que derraman las venas de las parras
pesadas y lujosas a porfía.

Deseo.

Esperad un instante;
tú, la estación nevada;
tú, la estación florida;
tú, la estación brillante;
tú, la estación henchida
de todo, todo al fin resuelto en nada.

Ivierno.

¿Qué deseas?

Deseo.

Deseo
(mi mismo nombre para hablar empleo),
Ivierno, que te esperes,
y que esperen las otras estaciones
a que tú hayas salido.
Bajo el árbol verdal de los placeres,
lleno de miel granate y de pasiones,
tengo un hombre dormido.
¡Despertadle! Vendedle, mercaderes,
vuestras mejores cosas.
¡Ofrécele tu agua sola, Ivierno!;
Prima-Vera, tus rosas;
tú, Verano, tu cuerno
de abundancia, y tú, Otoño, los alientos
y el sabor de tu mosto.

(Al Estío.)

(Yo haré que lo enamoren de tus viento
junio, julio y agosto).

(Las Cuatro Estaciones se acercan al Hombre.)

Ivierno.

¡Despiértate, criatura!

Primavera.

¡Despierta, Hombre! ¡Vamos!

Estío.

¡Eh, despierta!

Otoño.

¡Despierta!

Hombre.

(Despertando y viendo a las Cuatro Estaciones.)

¿Tengo ya la sepultura
en su sitio esperándome y abierta?
Eso parece, cuando
apenas de una muerte me despierto,
que otra me está esperando,
con sus cuatro ayudantes, quedamente.
¡Venid! ¡Llegad! ¡Cargadme! Aquí estoy muerto,
y de cuerpo presente.

(Se tiende imitando la última figura.)

¡Ea!, Echáos mi peso;
peso poco y tenéis dura la mano.
¡Poco trabajo va a tener conmigo,
poco manjar, el infeliz gusano!

(Advirtiendo suspensas a las Cuatro Estaciones.)

(Al Ivierno.)

Más... ¿qué esperas, amigo?;

(A las demás.)

¿y vosotros, que no echáis al instante
con mis pies por delante?
¿No sabéis el oficio? ¿Por qué es eso?
Mirad que se lo digo a vuestra ama,
y os romperá a los cuatro más de un hueso,
como a mí pronto, con su mano en rama,
infieles servidores.

Estío.

Señor, no te acalores,
que de eso ya me encargo yo en mis meses.

Ivierno.

No tiemble, señor mío,
que de eso, con mis ráfagas monteses,
ya se encarga mi viento mondo y frío.

Primavera.

No enrojezca, señor, que con mis flores
ya me sobran rubores.

Otoño.

Ni a mí furia, ni viento, ni calina,
ni rubor amaranto,
pues todo lo reuno en mi oficina,
hasta a vos, y le digo:
no se levante tanto,
que ha de caer cuando mi hoja, amigo.

Deseo.

(Al Hombre.)

Son cuatro mercaderes
que vienen a ofrecerte sus haberes.
Déjate de furores:
pregúntales y lo que gustas diles
(que yo me quedaré con lo que quieres).

Hombre.

(Al Ivierno.)

¿Tú, qué tienes?

Ivierno.

Blanquísimos perfiles,
casi sacramentales,
de nevadas, de montes, de aficiones
celestes, de vellones,

de nieblas, de cristales,
de espuma en la fuente sosegada,
de nubes...

Hombre.

¡Basta de enumeraciones
que hacen este total tan breve: nada!

(A la Primavera.)

¿Qué ofreces tú?

Primavera.

Presagios y colores,
promesas y favores
de amor, de luz, de mar, de altas remesas
de nidos, de verdor, de ruy-señores,
jóvenes sombras de oro, más que espesas,
y flores y panales.

Hombre.

En fin, ¡que tú tan sólo das promesas!
Y ¿quién las cumple ciertas y reales?

Estío.

Yo; mi apasionamiento
que no para un momento;
la promesa de flor, la cumplo fruto;
la de luz, en el viento
membruda la derramo,
en la era copiosa la tributo;
la de panal, miel lluevo;
la de amor, de los cuerpos soy el amo,
y hago amar a lo viejo y a lo nuevo;
la de nido, en la rama

pongo unas plumas y sustraigo un huevo,
mientras el ave llama
al que le tiene par bajo la umbría,
y compitiendo espuma, el mar derrama,
volando, su alegría,
en el cuerpo, en el mundo y en el día.

Deseo.

(Al Hombre.)

(¡Alárgale la mano,
como sobrino, es-tío, a este Verano!
¡Quédate sus objetos!)

Hombre.

Espera, a ver qué ofrece éste.

Deseo.

(¡El gusano
que hace tantos y tantos esqueletos!)

Hombre.

(Al Otoño.)

¿Qué ofreces tú?

Otoño.

Más cosas que ninguno
de mis tres compañeros;
lo que te ofrecen ellos de uno en uno,
te lo ofrezco yo, amigo,
cifrado todo, numerado en ceros.
¡Todo resuelto en todo y todo nada!
la uva en la bodega, en los graneros,
todo una nada, el trigo;
todo una nada, libres, pasajeros,

los nidos, la enramada;
una nada de arrope todo el higo;
una orza enmelada
toda la miel; todas las hojas lodo;
todo una nada, nada,
todo una nada, ¡todo!
Hasta a ti te cosecho
la sangre aloque, viva y exaltada,
y te aprieto y te exprimo
el caliente racimo
que te late en el pecho,
de un soberano modo,
con fuerza acompasada.
¡Todo una nada! ¡Todo!

Hombre.

Pues quédate con todo, si eres nada.
Dame lo tuyo, Estío,
que algo es algo, y es algo, si muy poco.
Vete tú, Ivierno, a helar a las montañas,
a prevenir el coco
y a contar en la lumbre tus patrañas.
Vete tu a las cabañas,
Prima-Vera, a mostrar tu maravilla
a la gente sencilla,
por boba e ignorante.
Vete tú, Otoño loco,
de quien presumo males más que bienes.

Ivierno.

(Yéndose.)

Hasta enero.

Primavera.

(Yéndose.)

Hasta marzo.

Otoño.

(Al Estío, yéndose.)

Tú lo tienes
en tu tiempo fragante...
Aunque él no quiera lo tendré en rehenes...
Hasta más adelante.

Escena III

El Hombre, el Deseo, el Estío.

(El Hombre rodea al Estío buscándole el producto mejor.)

Estío.

Pide de mí lo que veas
que en mi tiempo se produzca;
pero no olvides que, todo
lo que apetezcas y cumpla
yo, tiene su precio fijo,
tiene su paga segura.
¿Qué quieres primero?

Deseo.

(Inspirándole.)

¡Trigo!

Hombre.

Pan de junio.

Estío.

Pues aguza
las márgenes de tu hoz
con la piedra rosa y brusca,
hasta dejar su menguante
más delgado que la luna.

(Caerá una hoz de cualquier parte y todos los menesteres del segador conforme los mencione el Estío, y el Hombre los irá recogiendo y haciendo lo que le dicta el tiempo ardoroso.)

Ponte el sombrero de paja,
que te libra de la furia
solar, que con lo velloso
de mates la faz te nubla.
Ahora, cálzate la abarca
de esparto, pesada y dura,
que arideces de rastrojos,
que dagas de luz apuntan,
evite heridas, si no
rigores tu planta dura.
Prepara el cuerpo al sudor,
prepara el pecho a la angustia,
prepara la mano al callo
y a la tierra la cintura.
También has de prevenir
la espiga al haz, a la turba
de la garbera los haces,
y la garbera montuna
a la parva, y ésta al trillo,
y a todo la enorme anchura
redonda de geometría
de las eras blanquirrubias.

Hombre.

Estoy preparado.

Estío.

Entonces,
que empieze tu agricultura.

(FASE INTERIOR)

(Se trastorna el teatro rápidamente y el vergel queda convertido en un trigal eterno de grande. Habrá una luz aflictiva, un resonar de élitros estivales y una amarillez tremenda de desamparo en derredor del Hombre, segador y solo. No hay una sola sombra de árbol para reposar en toda la perspectiva.)

Escena VI

El Hombre, la Voz del Deseo lejana.

La Voz.

Siega que te siega,
que te segarás
el pan que tu boca
no se comerá.
Siega, segador:
tendrás el jornal
de una mala cama
a la serená,
de un sueño de perros,
de un mal despertar
de gallos, de gritos

de tu mayorál.
El pan que te comas
de harina negrá,
no será del trigo.
no será del pan
que tu estás segando
que te segarás,
siega que te siega,
blanco y candeal,
desde la Ascensión
hasta por San Juan.
¡Que va a venir julio!
¡Siega de prisá!

(El Hombre, obediente a la voz del Deseo, siega y siega con un furor que es una gana de acabar como un monte. A veces, rendido, se detiene; pero la voz que se oye no lo deja.)

¡Que va a venir julio!
¡Siega de prisá!...

. . . . . .

¡Siega, segador:
tendrás un jornal!...

. . . . . .

¡Siega que te siega,
que te segarás!

(Cae, al fin, rendido el Hombre, con un gesto impotente de su mano armada.)

Hombre.

Aunque grite y diga...

La Voz.

Siega de prisá,
que va a venir julio...

Hombre.

¡Ay! ¡No puedo más!
Y aunque me repita...

La Voz.

Tendrás un jornal...

Hombre.

Mejor quiero un árbol
para descansar.
¡Qué pena de grillos!
¡Voy a reventar
antes que se calle
el motor fatal
de tanta alabanza
del sol estival!;
¡de tanta cigarra
loca de cantar!
¿Dónde habrá una sombra
buena de verdad,
que me ampare un poco
de tanta crueldad
rica como llueve
sobre mi costal?
¿Dónde habrá una sombra?...
¿Dónde?; ¿dónde habrá
un árbol crecido
para mi ansiedad?...
¡Ay! ¡Sola mi sombra!...

¡Si pudiera estar
al pie de mí mismo
para conciliar
un poco de sueño
y de bienestar,
mientras el Deseo
dice desde allá!...

La Voz.

¡Siega que te siega,
que te segarás!

Hombre.

¡Ningún árbol quiere
darme su amistad!
¿Qué os hice yo, verdes
figuras de paz,
para que los bultos
y el socorro huyáis?
Y el cansancio me hace
los ojos cerrar...
Y la sed me abrasa...
¡Y tampoco hay
por estos contornos
fuente manantial,
cántara de barro,
río de cristal!...
¡Y qué lejos brindas
por mi cuerpo, mar!
Y el Deseo dice...

La Voz.

¡Siega de prisá!...

Hombre.

Y yo no lo escucho...
Yo estoy muerto ya...

(Se duerme.)

Escena V

El Hombre y el Pastor.

(Viene un Pastor, memoria aparente de Abel, adonde está el Hombre abandonado a la luz sin piedad. Con su figura de olivo le hace sombra y aire con su manto fresco. Oxea los insectos tornasolados de veneno que se quieren parar sobre la carne quieta que no les da temor. Le enfría las sienes con agua de una calabaza que trae, y le renueva la frescura de los labios, regándoselos. Despierta de su modorra el Hombre a tanta solicitud.)

Hombre.

¡Oh, gracias, árbol piadoso,
que expreso a mi cuerpo vienes
y ensombrando mi reposo,
riegas mi labio ardoroso
y me serenas las sienes!

Dime: ¿quién te mandó aquí
a contener la impiedad
de tanta luz contra mí,
de tantos rigores? ¿Dí?

Pastor.

Me mandó mi soledad.

La soledad de mi altura
montés donde vivo y moro,
pastor de la nieve pura.
Yo te vi llegar, criatura,
a este atlántico de oro.

Te vi, terrestre remero,
rasar cereales olas;
y tras tu paso, ligero,
te vi dejar un reguero
malherido de amapolas.

Te vi avanzar; con la mano
te vi vencer del henchido
y caliente mar del grano;
pero al fin, hombre y hermano,
te vi naufragar vencido.

Y al verte de tal manera,
troqué mi altitud serrana,
donde la nieve es cordera
y ésta nieve pasajera,
por tu tierra castellana.

Dolido de tu dolor,
solicité con mi halago
mucho más que con mi amor
mitigártelo.

Hombre.

¡Pastor!

Pastor.

No me agradezcas lo que hago.

Hombre.

¡Si yo pudiera vivir,
como tú, tan altamente!

Pastor.

¿Quieres conmigo venir?

Hombre.

¡No puedo, Pastor, subir!

Pastor.

Y ¿por qué no puedes? ¡Vente!
Yo te enseñaré la senda:
uno tras otro, los dos
llegaremos a mi tienda.
¡Es cosa tan estupenda
estar cerquita de Dios!

¡Vente! ¡Está Dios tan cercano!
¡Anda!

Hombre.

No puedo. No puedo...
Tengo que segar el grano
que queda...

Pastor.

¡Dame la mano!

Hombre.

(y Dios me da mucho miedo...)

Pastor.

¿Temes a la serranía,
su grandeza, su aridez?
Dicen que la sierra es fría;
mas su frialdad, yo diría
que invita a la desnudez.

¡Tan pura corre y tan ancha
por el lomo extraordinario
de las cimas, avalancha
virginal! Deja esta *Mancha*
por aquel feliz *Calvario*.

¿No has llegado nunca a verte
la voz? Que tengo un espejo
en cada barranco advierte,
y menos la de la Muerte
todas las voces reflejo.

Hombre.

(Sombrío.)

¡No puedo!

Pastor.

Te enseñaré
a hacer tu vida pastora,
tranquila.

Hombre.

¡Me falta fe
para subir!

Pastor.

Te daré
una honda educadora.

Y con mucho amor, pastor
has de ser; que el pastoreo
solicita mucho amor,
mucho ojo y avizor,
y poco, ¡ningún deseo!

Si ves que una res se acosa,
se aficiona por el daño,
dale una piedra amorosa;
que una oveja maliciosa
malicia todo un rebaño.

Con dolor, avísale,
en la porción que le envíe,
dura tu mano, a su pie.
No la dejes que orejée
para que no se extravíe.

Sabe mi ganado amigo,
desde el mayor al cordero
menor, que tiene conmigo
mi amor, y que lo castigo
por lo mucho que lo quiero.

Hombre.

Iría de buena gana
en tu compañía yo
a tu soledad serrana
blanca de nieve y de lana;
me iría, sí, pero no.

Pastor.

¿Sí, pero no? ¡Vaya un duelo
del *sí* y del *no!* Sí ha de ser.

Hombre.

¡Sí, pero no!... Que recelo
que de no mirar al cielo
no lo voy a conocer.

Pastor.

El cielo jamás se muda
su rostro de paz, si no es
lloviendo el agua membruda;
pero más limpia y desnuda
esgrime su faz después.

Hombre.

(Dolido de la verdad del cielo.)

Vete, Pastor; vete, ¡vete
a tu ilustrísimo bando!
¿Quién en mis cosas te mete?...
¡Hasta lo menos las siete,
déjame seguir segando!

Pastor.

(Yéndose, amargo, sin el Hombre.)

A la montaña me voy.
Por si acaso te rindiera
el cansancio, arriba estoy:
ayer, mañana y hoy,
arriba estoy y a tu vera.

Escena VI

El Hombre, vuelto al segar. Entra el Deseo.

Deseo.

¿Levantada tanta mies
aún aquí? ¡Poco te alteras,
segador! Pero ¿no ves
que va a pasar este mes
y no están hechas las eras?

Hombre.

Deseo, yo sólo veo
delante de mis fatigas
trabajo solo, Deseo;
un deslumbrante meneo
de espigas y más espigas.

Obstinación cereal,
inacabable y feroz
para mi cuerpo y mi mal:
¡siempre en mi prisa manual
se opone un haz a una hoz!

Más valiera al gusto mío
haber despreciado ciertos
los productos del Estío
por el del Ivierno frío
y los del Otoño muertos.

Y mucho más me valiera
quedarme en los varios lechos
que promete Prima-Vera:
¡ay!, que promesa es espera
y desengaños los hechos.

Deseo.

Toma; bébete un azumbre
de agua; te la has ganado.

Hombre.

No me des más pesadumbre.
¿Quieres apagar la lumbre
después de haberse apagado?

¿Vas a salvar diligente
al que en el fondo del mar
ya es agua de su corriente?
¡Qué tonto quien hizo un puente
que nadie habrá de pasar!

Deseo.

No entiendo lo que te pasa.
¿Quieres decirlo al momento?

Hombre.

¡Nada! Que otra sed me abrasa
y otro sudor sobrepasa
las sienes del pensamiento.

Deseo.

(¡Malo! Se me echó a perder.)

Hombre.

Como el singular pastor,
¡ay, Dios!, yo quisiera ser:
¡tener altura!, ¡tener
rebaño!, ¡tener amor!

Deseo.

(¿Quién es ese singular?...
¡Malo! ¡Peor!...) Dime, dime:
¿a qué vida peculiar
te quieres aficionar,
que al nombrarla tu voz gime?

Hombre.

A una vida de altitud
que me enfríe de verdad
fuegos de la juventud,
donde compaña y virtud
nieve son y soledad.

Donde la paz lana es,
pena acordada la esquila,
reina la blancura y res...
¡Ay! ¿Quién me cambia esta mies
por aquella luz tranquila?

Deseo.

(Pastor, me lo has malogrado...
Pero yo haré...) Escucha, escucha:
¿quieres tener un ganado
allá en el monte nevado
con mucha gana?

Hombre.

¡Con mucha!

Deseo.

Pues quítaselo al Pastor.

Hombre.

¿Qué dices?

Deseo.

Lo que aún no has hecho.

Hombre.

¿Tengo derecho?

Deseo.

¡Temor!
Teniendo fuerza y valor
a todo tienes derecho.

Hombre.

No quieras, no, que suscriba
con mi acción toda tu idea.

Deseo.

¿Cómo consientes que viva
él, muy feliz, tan arriba,
y tú, triste, abajo?... ¡Ea!

Que más que tú no ha de ser
nadie. ¿Por qué lo será?
¿No deseas un quehacer
de nada? ¿La paz tener
de arriba? ¡Pues tomalá!

¿Quién le pondrá impedimentos
a tu deseo, a tu acción?
¡Nadie te ve allí! ¿Los vientos?
¿La nieve?

Hombre.

¡Mis pensamientos!

Deseo.

¡Replántalos de afición!

¡Conócele a ese pastor
la sustancia de sus venas!
Sirve la hoz, segador,
para otra cosa mejor
que segar trigo y avenas.

Un segador soberano
vi yo que se rebeló
porque su amo, lo vi yo,
dijo que adorase a un grano.
Feroz de acero la mano,
en torno del amo gira,
y un escuadrón tras sí tira
que arma contra la Grandeza
cejas de una sola pieza,
ojos gigantes de ira.

Y si al fin ganó el más fuerte
en la celeste contienda,
el que se quedó sin prenda
fué digno de mejor suerte.
Que pretendiendo ponerte
a la misma elevación
de cualquier alto peñón,
si no tu misma criatura,
por imposible, a su altura
se pone tu pretensión.

¡Mata y serás en el acto,
si no el mismísimo Dios,
alguien que tendrá en los dos
muchos puntos de contacto!
¡Mata y serás casi exacto,
casi a Dios, de tal manera!

Hombre.

No; que Dios no mata: espera
dentro de su Estado eterno,
solícito, siempre, tierno,
a que la criatura muera.

Deseo.

Que tendrás su poderío
si matas...

Hombre.

Pero es más justo
el que muera por su gusto
que el que muera por el mío.

Deseo.

¿Vivirás siempre hecho un río
de lágrimas?; ¿hecho un mar
de sudor y de pesar?:
sudor del ojo al que hiere
todo; cuerpo que no quiere,
lagrimoso, trabajar...

Escena VII

El Hombre, el Deseo. La Carne y los Cinco Sentidos, que entran y rodean al Hombre en seguida.

Carne.

Marido de mi vida:
hay arriba del monte una pastora
de cara conseguida
sobre el mejor aspecto de la aurora.
Su ceño me enamora
¡a mí!, que soy mujer y femenina.
Como la luz su pelo,
que albea en una frente y perla fina,
pone velludo de color el cielo.
Camina y no parece que camina
sino sobre cristales
cuidadosa, desnuda.
Tiene la voz de fuentes manantiales
y los ojos de tórtola viuda.
Es tan pura su boca,
que el aire da un rodeo
por no besarla casto ni siquiera.
A todo lo que toca
virginidad le imprime. Y hasta creo
que de su blanca planta,
cuya blancura la blancura altera,
huella en pompa, la luna se levanta.
¡No lleva ni un anillo!
y ¡qué rica es su mano!
No arrastra más que un manto muy sencillo,
¡y parece un tisú tan soberano!
Y sin ser muy esbelta
en el trono que el monte le alza adrede,

la beldad de la palma más resuelta
me da la sensación de que la excede.
¡Ay! Yo quiero, querida
por ti, ser como ella:
tan alta, tan hermosa, tan subida,
hacer vida de estrella.
¡Ay! Vísteme de seda.

Hombre.

Retenes son de seda las mortajas
donde el gusano queda.

Carne.

Yo quiero ser ilustre. Quiero alhajas
de todos los matices;
que mi cuerpo se cubra de esplendores,
de peces como dagas,
de luces linces, dagas como peces.

Hombre.

Pero mujer, ¿qué dices?

Carne.

Lo que quiero que hagas.
¿O es que sólo ha de haber entre pastores
velludos y soeces,
peculiares hermosas
que se bañen en leche y pisen flores,
y más que pisen flores, pisen rosas?
¿No tengo yo derecho
a tener como esa
cano el pie, cano el rostro, cano el pecho,
con calidad de canidad montesa?

¿Es un pastor mejor y más acaso
que tú para marido,
porque tú vivas en el puro raso
y él, de puro subido,
tan expuesto a caer en un mal paso?
Marido, si yo fuera
tú, hace mucho que hubiera
dado a mi fuerza empleo
para satisfacer este deseo
de enriquecer mi cuerpo que me altera.
¿Vas a dejar que tenga una pastora
más poder, más encanto
que tu bella y pulida labradora
que te enamora tanto?

Hombre.

¡Cállate!

Deseo.

(¡Ríndelo!)

Carne.

Todos los bienes
son de todos, marido. Sube a la alta
montaña y quítale lo que no tienes
al pastor y me falta.

Hombre.

¡Cállate!

Deseo.

(¡Sigue así!)

Carne.

¡Marido mío,
ven!

Hombre.

¡Déjame en la siega!...
He de empezar para San Juan la trilla...

Carne.

(Ciego te dejaré con el Estío
y no siega.) Sosiega;
dale un poco de filo a la corvilla
y ¡anda!... Nadie te ve...

Deseo.

(¡Ya se te entrega!)

Carne.

¡Es tan ancha Castilla,
tan ancha y tan manchega!

(Hablan los Cinco Sentidos en plan mitinero.)

Mirar.

No dudes un momento:
la riqueza es de aquel que la acapara.

Oír.

El mundo es para todos.

Oler.

Como el viento.

Gustar.

Como la luz.

Tocar.

Igual que el agua clara

Carne.

¡Todos somos iguales!

Deseo.

(¡Despertad, despertad sus ambiciones!)

Mirar.

¡Es mentira!: no hay hombres criminales.

Oír.

La sangre de las venas
es para libertarla en ocasiones.

Oler.

No hay límites.

Gustar.

No hay tuyo.

Tocar.

No hay cadenas.

Carne.

No hay corderos guiados por leones.

Deseo.

(Así: ¡más!, ¡más!)

Oír.

¡Abajo, explotadores!

Mirar.

¡Abajo!, yo repito.

Oler.

¡La huelga general, trabajadores!

Gustar.

¡La huelga general!

Tocar.

¡Dios es un mito!

Carne.

La religión un tétrico sistema
de incienso que perfuma podredumbre.

Deseo.

(¡Vamos! ¡Venga!)

Mirar.

Un problema
que no resuelve nada.

Oír.

¡Ea! ¡A la lumbre
con los templos!

Oler.

Hagamos de sus cosas
un monte de cenizas al momento.

Gustar.

Bebamos en las ánforas preciosas.

Tocar.

Rompamos las clausuras tenebrosas
del Santo Sacramento.

Carne.

Dejemos a sus vírgenes desnudas.

Deseo.

(¡Más coraje! ¡Ea, ea!)

Oír.

A las campanas mudas
y fundidas.

Mirar.

¡Gran cosa!

Oler.

¡Gran idea!

Gustar.

Que de su fundición salgan martillos
que nutran de sus hierros la pelea.

Tocar.

¡Abajo los sencillos
de corazón!

Todos.

¡Abajo! ¡Abajo!

(Todos se remueven furiosos y encabritados.)

Deseo.

(Atizándolos y al Hombre.)

¡Ea!

¿Qué aguardas aún, criatura,
cuando el río torrente se desata
e impone su sangrienta dictadura
a todo el valle? ¡Mata!
Corre al frente del río,
que no te arrolle su furiosa plata
y perezcas en él.

Carne.

Marido mío,
atiende a tu deseo.

Deseo.

¡Mata! ¡Mata!

Carne.

Súbete al monte y haz mi dicha entera
y la estrechez de tu vivir dilata.

Deseo.

¡Mata! ¡Mata, criatura!

Los Cinco Sentidos y la Carne.

¡Muera! ¡Muera!

Hombre.

¡Está bien!

Deseo.

¡Mata! ¡Mata!

(El Hombre ha de verse batallando atrozmente con pasiones, pensamientos, miradas, deseos. Al fin aceptará en la esfera de su voluntad el ofrecimiento de crímen del Deseo con un gesto de desgana trágica. Se irá y todos tras él: la Carne, danzarina eterna; el Deseo, espectador y exigente, y los Cinco Sentidos, revolucionados, ansiosos del botín en perspectiva.)

(FASE POSTERIOR)

Escena VIII

Un monte, en lo más alto de su altura nevado de trecho en trecho, de cuando en cuando, verde. Hay un nicho pastoral en cualquier parte visible. Es de noche, y el silencio altísimo y picudo está adornado de un dindalear de esquilas, cuyo meneo coincide con el de los luceros. La luna, en el cenit, azulea misteriosamente las blancuras sembradas de frío. Del interior del nicho o cueva saldrá un resplandor no visto.

La Pastora, y en seguida el Pastor.

Pastora.

¡Por fin, Pastor, por fin veo tu ausencia
hecha presencia viva!
¡Qué sola me encontraba, qué imperfecta,
yo sin mi compañía!:

¡tú!..., ¿Cuándo nutrirán las soledades
su voz y su figura?
¿Cuándo seremos, únicos y pares,
dos soledades juntas?

¿Cuándo proveerá el cielo de su gracia,
de sus aspectos grises?...
¿Cuándo, cuándo?, yo a mí me preguntaba...
Y en un *¿cuándo?* viniste.

Pastor.

A tu ¿cuándo? mi ¡ahora! ha respondido
trayéndome amoroso.
Pastora, ¿y el ganado?

Pastora.

En el aprisco
hace música el ocio.
¿No escuchas el va-y-ven de sus gargantas?

Pastor.

Lo escucho, y lo contemplo
realizado en aquellas luces altas
que canean meneos.

Lo percibo en la paz de este silencio
soleado de luna;
lo recibe la esfera de los ecos,
exacta, fiel, segura.

Igual que fuentes de los ruidos, copian
los ecos los productos
de la voz, las esquilas y las tórtolas
en sus lejos desnudos.

Pastora.

¡Asiéntate, Pastor!: estás cansado
y estoy enamorada.
Abrévente los aires elevados,
la música callada.

Aspira los olores del romero
donde la abeja encuentra
panales florecidos a lo cielo,
dulcísimas faenas.

¡Déjate en manos hoy de mis caricias!;
me das penas de amores,
y llagas regaladas sin heridas
me abres sobre este monte.

¡Guárdate por ahora tus cuidados
y acepta mis ternuras!:
¡ya me darás, Pastor, el dulce pago
con réditos de usura!

¡Duérmete! Cantaré para que el sueño
ahuyente tu vigilia.

Pastor.

¡Ya me duermo, Pastora!... ¡Dame presto
los ojos de tu vista!

(Hay una escena tiernísima entre Pastor y Pastora hasta que aquél se duerme. Canta la Pastora.)

Pastora.

No hieles, viento, ahora,
que se duerma mi cielo
hasta el día de la aurora.
No lo dejes de hielo.
No lo dejes de hielooó...
No lo dejes de hielooó...
Que estoy enamorada
de su mata de pelooó...
Pasa, paz, por su frente
tu mano sosegada.
Para, paz, de repente,
que estoy enamorada.
Nocturno mediodía,
no levantes el vuelo.
Alma mía, alma mía,
no lo dejes de hielo.
No madrugues, rosada:
no vengas hoy de prisa,
que estoy, enamorada,
fuera de mi camisa.
Está que arde la nieve
con la luna lunada;
está que arde la nieve
de verme enamorada.

Dedos de terciopelo
quisiera para cada
caricia de mi cielo,
que estoy enamorada.
Está la luna en celo
sobre tornalunada.
Más pálida que el hielo
esto-y enamorada.

(Se entra con el sueño del Pastor apoyado en un hombro en el interior de la cueva.)

Escena IX

El Hombre, el Deseo y los Cuatro Ecos con cuatro espejos de roca en las manos; aparecen y desaparecen según hablan o callan y en el orden en que responden.

Deseo.

(Entra seguido del Hombre.)

Ahí vive el pastor.

(Señala a la cueva.)

Hombre.

¿Ahí?
¿Está ahí?

Eco 1.º

¡Sí!

Eco 2.º

¡Sí!

Eco 3.º

¡Sí!

Eco 4.º

¡Sí!

Deseo.

¡Qué poco espacio os separa!

Eco 1.º

¡Para!

Eco 2.º

¡Para!

Eco 3.º

¡Para!

Eco 4.º

¡Para!

Deseo.

(Le indica la hoz.)

Toma el acero potente.

Eco 1.º

¡Tente!

Eco 2.º

¡Tente!

Eco 3.º

¡Tente!

Eco 4.º

¡Tente!

Hombre.

¿Quién nos devuelve insolente
en este monte mortal,
de cada frase el final,

que es un para, un sí y un tente
como un aviso feroz?

Deseo.

¿Temes? Son los ecos bellos...
¿No te has visto nunca en ellos
el semblante de tu voz?

Hombre.

¿Y qué clase de elementos
esos bellos ecos son
que atormentan mi razón
lo mismo que pensamientos?

Deseo.

¡Nada!: laderas que gimen.

Eco 1.º

¡Crimen!

Eco 2.º

¡Crimen!

Eco 3.º

¡Crimen!

Eco 4.º

¡Crimen!

Deseo.

Anda: llama en la espelunca.

Eco 1.º

¡Nunca!

Eco 2.º

¡Nunca!

Eco 3.º

¡Nunca!

Eco 4.º

¡Nunca!

Deseo.

Serán tuyos sus rebaños...

Eco 1.º

¡Daños!

Eco 2.º

¡Daños!

Eco 3.º

¡Daños!

Eco 4.º

¡Daños!

Deseo.

Serás rico, serás fuerte...

Eco 1.º

¡Muerte!

Eco 2.º

¡Muerte!

Eco 3.º

¡Muerte!

Eco 4.º

¡Muerte!

Hombre.

¡Ay de mí! ¡Cómo me advierte
la pétrea repetición
que será tu promisión
crimen, nunca, daños, muerte!

Deseo.

Ríe de sus amenazas...
Búrlate de sus consejos...
Opón a tantos espejos
de tu voz, tantas mordazas
de tu risa. ¡Ríe ya!

Hombre.

(Ensaya una risa de baladre.)

¡Já! ¡Já! ¡Já!

Eco 1.º

¡Já!

Eco 2.º

¡Já!

Eco 3.º

¡Já!

Eco 4.º

¡Já!

Deseo.

No sabes reírte. Así:
¡Jí! ¡Jí! ¡Jí!

Eco 1.º

¡Jí!

Eco 2.º

¡Jí!

Eco 3.º

¡Jí!

Eco 4.º

¡Jí!

Deseo.

A ver; hazlo como yo.

Hombre.

(Más amargo.)

¡Jó! ¡Jó! ¡Jó!

Eco 1.º

¡Jó!

Eco 2.º

¡Jó!

Eco 3.º

¡Jó!

Eco 4.º

¡Jó!

Deseo.

(Descarándose con los Ecos.

Bueno está: ¡sansacabó!
Nadie me responda a mí.

Eco 1.º

¡Já! ¡Já! ¡Já!

Eco 2.º

¡Jó! ¡Jó! ¡Jó!

Eco 3.º

¡Jó! ¡Jó! ¡Jó!

Eco 4.º

¡Jí! ¡Jiií! ¡Jiií!

(Los Cuatro Ecos desaparecen burlones y con los espejos vueltos de espaldas.)

Escena X

El Hombre, el Deseo; el Pastor, cuando sea requerido.

Deseo.

¡Vamos! ¿Tienes aún temor
de llamar?... ¡Qué poca fe
en ti! Yo lo llamaré.

(Se acerca a la cueva.)

¡Pastor! ¿Dónde estás? ¡Pastooor!...

(Aparece el Pastor en el umbral de la cueva.)

Pastor.

(Viendo al Hombre.)

¿Quién me ha requerido? ¡Hola!
Al cabo, al cabo, criatura,
has llegado a la estatura
de esta soledad tan sola.

¿Te has fatigado? Descansa
encima de mi rodilla.
¡Mira mi paz qué sencilla!,
¡mira mi nieve qué mansa!

¡Mira la noche!...

(Advierte al Deseo.)

Mas veo
una sombra muy extraña
junto a ti... ¿Quién te acompaña,
quién te acompaña?...

Hombre.

El Deseo.

Pastor.

Temiste mi soledad
y trajiste compañía.
¿No te basta con la mía
y la de esta claridad?

A mi soledad serrana
se sube con devoción;
no con bajeza, no con
deseo, sino con gana.

Con gana de estar, de estar
y estar estado en mi Estado;
no por llegar, y llegado,
el abajo desear.

¡Vuélvete, pues, a lo llano
y déjame solo y mondo
aquí arriba, aquí, en el fondo
del cielo, a mi diestra mano,

hasta que otra vez, más grave
de intentos, de carne falta,
tu alma quiera subir alta,
sola y monda, como el ave.

Deseo.

(Al Hombre.)

(Te volverás al trabajo
pudiendo...)

Hombre.

(Al Pastor.)

¿He de irme?

Pastor.

(Con rescoldo de pena.)

¡Sí!

Hombre.

¡Mentira! Me quedo aquí,
ni más alto ni más bajo:

lo mismo que tú, lo mismo.
¿Siempre ha de ser, por ventura,
tuya la miel de la altura,
mía la hiel del abismo?

Por ahora se acabó:
a mi gusto y tu pesar,
te he de tomar, me has de dar
lo que tu amor no me dió.

Pastor.

¡Amor siempre te estoy dando!

Hombre.

Prefiero a tu amor tus bienes.
Y di: de tantos que tienes
¿cuándo me diste uno? ¿cuándo?

Pastor.

Siempre te los doy.

Hombre.

No es cierto:

¡nunca!

Pastor.

La culpa no es mía:
pues, ¿qué culpa tiene el día
de que no lo acepte el huerto?

¿Qué culpa tiene la idea
de no brillar en la mente?
¿Qué culpa tiene la fuente
de que la sed no la vea?

¡Ay, Hombre desventurado!,
¿qué culpa tengo yo, di,
de que me busques a mí,
no por mí, por mi ganado?

Ganado que va a perderte
ganándote la partida,
ganado para la vida,
perdido para la muerte.

Escena XI

El Hombre, el Pastor, el Deseo, los Cinco Sentidos y la Carne.
(Irrumpen los Cinco Sentidos y la Carne alborotados criminalmente.)

Todos.

¡Muerá! ¡Mueraaá!

Deseo.

(Dándole el último toque al Hombre.)

¡Cobra encono!

Hombre.

(Al Pastor.)

Pues si el ganado te gano,
¡Toma!

(Le hunde en una teta el acero revuelto de la hoz.)

Pastor.

¡Te perdono, hermano!
¡Te perdono!... ¡Te perdono!

(Cae haciendo la señal de la cruz en el aire trágico de delante del Hombre, que aún le echa una piedra sobre la tabla de la frente. Danzan los Cinco Sentidos, la Carne y el Deseo alrededor del Hombre con una alegría sucia, mientras él se queda en una abstracción de arrepentimiento, con la punta de la hoz caliente de corazón y goteante. Un resplandor rojo lo inunda todo aciagamente, menos la cueva del Pastor, que tiene su luz permanentemente serena.)

Oír.

Hemos violado la nieve
quemándole su pureza.

Mirar.

Hemos ahumado la altura.

Oler.

Hemos llenado de tierra
el cielo.

Gustar.

Hemos pateado
la virginidad eterna
de los vientos celestiales.

Tocar.

Hemos pastado en la hierba
la Sagrada Eucaristía
de la Blanca-Luna-Llena.

Carne.

¡Abel ha muerto!

Deseo.

¡Caín
pudo más!: ¡tuvo más fuerza!

Oír.

Hemos sabido el sabor,
el gusto que echan las venas.

Mirar.

Hemos inventado el crimen.

Oler.

Hemos hallado la hoguera.

Gustar.

Hemos la igualdad impuesto
entre leones y ovejas.

Tocar.

Hemos visto que la sangre
presa no vale la pena.

Carne.

Que somos tan poderosos
como Dios.

Deseo.

Que estamos cerca
de arrebatarle su reino
por las malas, sin las buenas.

Carne.

¡Abel ha muerto!

Deseo.

¡Caín
pudo más!: ¡tuvo más fuerza!

(Salen todos, menos el Hombre, brincando como chivos locos.)

Escena XI

El Hombre, el Pastor, caído muerto. La Pastora y los Cuatro Ecos.

(Desde el principio al final de esta escena se realizará un amanecer con todos sus incidentes bellos de tórtolas, de ruidos, de nubes iluminadas.)

Pastora.

(Sale de la cueva.)

¡Pastor! ¡Pastor amado!;
dejaste a tu Pastora
por ir a la mirada del ganado.

¡Vuelve, que aún no es la aurora!
¿Por qué madrugas tanto
si está la hierba gruesa de rocío,
mis ojos deseosos de tu encanto,
caliento el lado mío?
¿Por qué sales al frío
y al relente dañinos para el pecho,
Pastor de mis entrañas,
más bienhecho que todos los pastores?
¡Vuelve!; ¡vuélvete al lecho!
que tienen sus cabañas
cerradas a la entrada hasta las flores.
No dejes mis amores
aquí entre correhuelas, sombra y grama
solos y tan temprano.
¡Pastor! ¡Pastor! ¡Pastor! ¡Pastor!

Hombre.

¿Quién llama?

Pastora.

(Viendo ahora al Hombre.)

¿Quién eres tú, que no eres quien me ama?...
¿Qué llevas en la mano?...

(Por la hoz, que se le cae al Hombre de las manos asustadas.)

Pastora.

¡Oh! ¿Qué has hecho?

Eco 1.º

(Acosando al Hombre.)

¿Qué has hecho?

Eco 2.°

Di: ¿qué has hecho?

Eco 3.°

Di: ¿que has hecho?

Eco 4.°

¿Qué has hecho?

Pastora.

¡No contesta!
¿No encuentras en tu pecho,
por más que buscas, Hombre, una respuesta?

Eco 1.°

(Señalando la muerte del Pastor.)

¡Esta!

Eco 2.°

¡Esta!

Eco 3.°

¡Esta!

Eco 4.°

¡Esta!

Pastora.

(Se arrodilla al pie del Pastor.)

Quietecito y maltrecho...

Eco 1.°

¡Hecho!

Eco 2.°

¡Hecho!

Eco 3.º

¡Hecho!

Eco 4.º

¡Hecho!

Pastora.

Me han dejado el amor sobre la nieve,
como su esposo el hielo, así de cruda.
Como el hielo su sangre de oro llueve
sobre mi soledad, ¡por fin viuda!
Mi soledad pastora
sin soledad amiga.
Yo sin su voz, calor que me enamora,
él sin mi pecho, nieve que le abriga.
¡Ay soledad viuda!
¡Ay mi Pastor, el de la barba ruda,
el corazón de cera
y el ojo enamorado!
¿De qué, de qué manera
te vas sin mí, sin ti, por tu ganado?;
¿quién quieres que te quiera?

Eco 1.º

¡Era!

Eco 2.º

¡Era!

Eco 3.º

¡Era!

Eco 4.º

¡Era!

Pastora.

Era cano y moreno,
alto y mejor mirado que una roca
florecida de hinojos y cantueso,
nutrida de jarales.
Como la paz de bueno,
la regalada llaga de su boca,
entre la voz y el beso
destilaba panales.
¡Ay dolor sin compaña!
¡Ay pena sin pareja!
¡Ay que grande sin él es la cabaña!
¡Ay que sola sin él está la oveja!
Despiértate a mi queja:
no duermas, que me muero,
no mueras, que no vivo.
¡Válgame, mi cordero!,
¡qué triste!, ¡qué roncero!,
¡qué blanco!, ¡qué inactivo!
Te dió el sueño un acero,
y para que durmiera
te dieron en la frente
una piedra de mala cabecera.
¡Ay sangre! Espera, espera
que recoja tu vino diligente
antes que haga este monte regadío;
que mi amor no se quede de vacío,
que el sabor de tus venas me alimente.
¡Ay, no te acabes, fuente!
¡Ay, déjame pastar en tus corales
exprimidos por una mano dura!
Soy oveja metida entre zarzales,
si de tu amor mi boca fué pastura.

¡Ay, majada segura!,
no dejes que me pierda en los alcores
armados de alacranes y culebras;
que paste sola agrillo de temores,
que embarrancada quede en estas quiebras.

(Se levanta enajenada y da vueltas como una paloma con el marido inútil de un tiro; como una noria de desconsuelo, en torno del Pastor, eje derribado de su existencia)

¡Ay flores!

Eco 1.º

¡Flores!

Eco 2.º

¡Flores!

Eco 3.º

¡Flores!

Eco 4.º

¡Flores!

Pastora.

¡Ya, estáis equivocadas:
nacéis espinas y crecéis dolores
junto a las tiernas fuentes sublunadas!
¡Ay fuentes!

Eco 1.º

¡Fuentes!

Eco 2.º

¡Fuentes!

Eco 3.º

¡Fuentes!

Eco 4.º

¡Fuentes!

Pastora.

¡Ya sois un luminoso desvarío:
tropezando en vosotras, las corrientes
van a parar al río!
¡Ay río!

Eco 1.º

¡Río!

Eco 2.º

¡Río!

Eco 3.º

¡Río!

Eco 4.º

¡Río!

Pastora.

¡Ay río, cómo lloro
de ver cómo te llevas entre az'hares
tu cargamento de oro
ya a parar a los mares!
¡Yay mares!

Eco 1.º

¡Mares!

Eco 2.º

¡Mares!

Eco 3.º

¡Mares!

Eco 4.º

¡Mares!

Pastora.

¡Yay marecitas mías!
¡Yay limonadas amarguras sumas
donde van a parar las alegrías
de la fuente, del río y la enramada!:
¿dónde van a parar tantas espumas?...
¡Ya todo!,
¡ya a la nada!,
¡ya menos mi Pastor, de cualquier modo!
¡Ya todo!...

Eco 1.º

¡Todo!

Eco 2.º

¡Todo!

Eco 3.º

¡Todo!

Eco 4.º

¡Todo!

(Huye el Hombre del lugar ilustre, y allí se queda errando el dolor de la Pastora, repetido por los Cuatro Ecos, mientras llega el

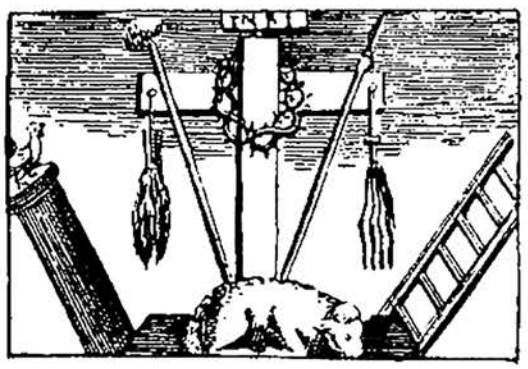
Fin de la Segunda parte.

MIGUEL HERNÁNDEZ

Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras

(Auto sacramental)

TERCERA PARTE



SETIEMBRE
1 9 3 4

PERSONAJES
DE LA
TERCERA PARTE

(Principales y accidentales.)

HOMBRE
LA VOZ-DE-VERDAD
LOS CINCO SENTIDOS
CARNE
BUEN LABRADOR
DESEO
CAMPESINO
VARIOS GRUPOS DE LOS SIETE PECADOS CAPITALES

Parte tercera.

(FASE ANTERIOR)

Estado del Arrepentimiento: cualquier lugar de una mansión al filo de un desierto.

Escena I

El Hombre (solo y sin compaña).

¡Solo y yo sin compañía,
me acosté y no amanecí:
en el sueño me perdí
y no me hallo todavía!
Otra voz era la mía,
otros ojos, otra faz;
otra vida más veraz,
más luciente, más subida...
Aunque vivida, no es vida,
vida que no vive en paz.

¡Aún saboreaba heces
de la caída primera,
del primer pecado, y era
ya pecador por dos veces!
¡Ay cuerpo, que te estremeces
de acobardado recelo
por no haber levado vuelo
de una santísima suerte,

y te da miedo caerte
cuando ya estás en el suelo!

¡Caí tanto, tanto y tanto
cuando me dejé caer,
que ya, para no volver
a caer, no me levanto!
¡Cuánto peco!... ¡Cuánto, cuánto
me reitero pecador!
Perdí una vez el temor
ante el pecado mortal,
y si entonces fuí de mal,
ahora de mal en peor.

¡Ay! No me harto de pecar,
¡siempre obediente al Deseo
y a la Carne!, y lo que veo
no es lo que quiero mirar.
Me quisiera derramar
desde aquí, Dios, hasta allí,
hasta ese Allí tuyo yo,
y aunque mi cuerpo que no,
dice mi razón que sí.

¡Enguízcame con tu amor,
con tu voz de miel y miera!...
¡Tengo gana!: yo quisiera
que me enguizcaras, Señor.
Mas ¡ay!, que me da temor
el que tu boca me pida;
convida... mas no convida,
que sin vida quedaré...
¡Ay! ¡Ay!, que me pasaré
en un *¡Ay!* toda la vida.

Escena II

El Hombre, el Deseo y la Carne.

Deseo.

¿No te da angustia estar con tanto viento,
tan solo, tan divino?

Carne.

La soledad, marido, es un tormento;
el viento, un desatino.

Deseo.

Ven conmigo.

Carne.

Conmigo: mi compaña
ha de aliviarte la melancolía.

Hombre.

¡Dejadme!; solo y mondo
estoy peor y encuentro mejoría.
Me doléis ya los dos en lo más hondo.
(A la Carne.)
Tu hermosura me daña,
(Al Deseo.)
tu presencia es nociva al alma mía.
Quiero por compañía
la soledad y el viento en que me escondo...
Me duele con rigor vuestra compaña:
¡dejadme solo y mondo!
Quiero ponerme atento
al cielo, a lo infinito;

dedicarme a la altura, como el viento,
con un sosiego libre de apetito.
Hasta aquí, siempre puesta
la atención sólo en ti tuve, Deseo:
desde ahora la quito.

Deseo.

No sabes lo que cuesta
evitarme y dejarme sin empleo.

Hombre.

Yo veré si te evito.

Deseo.

Soy necesario a todas tus acciones,
y no podrás gran cosa.

Hombre.

Me sobran devociones.

Deseo.

Te falta voluntad, tienes esposa:
ésta.

(Le enseña la Carne.)

Carne.

Marido mío, estás ligado
a nosotros por todo lo que alienta.

Hombre.

¡Sólo por el pecado!

Deseo.

Como al yunque el herrero,
como el clavo al martillo,

como la leña al fuego que alimenta,
como el agua al venero,
como al pan el cuchillo,
sujeta está a nosotros tu criatura
y en vano te ejercitas para el vuelo:
por más que lo procura,
no puede desertar la tierra al cielo.
¿Quién te ha dicho que el peso y el volumen
de la piedra redonda
puede volar?

Hombre.

La altura en que se sumen
los montes, y la gana de la honda.

Carne.

¡Ah, ya sé!: tú has oído
la voz de ese profeta
que clama contra mí, y a ti, marido,
nada te reconoce ni respeta.

Deseo.

(Despectivo.)

Ese que va desnudo...

Hombre.

Igual que la razón y que la peña.

Deseo.

... enormemente rudo
por estas soledades...

Hombre.

Igual que la verdad del sol, que enseña
sin sombra las verdades.

Carne.

¡Cómo!, ¿cómo consientes
que viva aquel que contra todos clama?:
soy yo la que te digo...

Hombre.

¡Tú me mientes!

Carne.

Te amenazan sus voces...

Hombre.

¡Él me ama!

Deseo.

Él busca que te pierdas...

Hombre.

Porque quiere
que me gane, Deseo.

Carne.

Te maldice, te insulta, te zahiere...

Hombre.

Mas sólo al que me veo:
no al que me miro. Sólo al que hasta ahora
soy, quisisteis que fuera:
no al yo que quiero ser y él enamora
de tan brava manera.

Carne.

Pero ¿qué es lo que tienes
debajo de las venas que no cobra
rencor, coraje ciego?

Hombre.

Lo que quiero tener bajo las sienes:
¡razón!, razón de sobra
para no equivocarme luego a luego,
y en vez de sangre un poco de sosiego;
que no sea temor todo y zozobra
por resolverlo todo a sangre y fuego
en una vana lucha.

(Se oye la Voz-de-Verdad en el silencio ensordecedor del Desierto.)

La Voz-de-Verdad.

¡Oíd!

Deseo.

¡Él es!

Carne.

¡Él es!

Deseo.

¡Escucha!

Carne.

¡Escucha!

La Voz-de-Verdad.

¡Oíd, criaturas, oíd!:
ya están las aguas dispuestas
a limpiar la primer mancha
en un jordán de inocencia.
¡Tened, para recibirlas,
prevenida la cabeza!
El que os tiene que salvar
y ha de venir ¡ya está cerca!

El que os dejará muriendo
por daros la vida eterna,
aún no vive y ya está muerto,
ya está en la cruz y aun no alienta,
aun no está muerto y ya está
subiéndose a las estrellas.

Hombre.

¡Ay!, ¡qué verdad!

Carne.

¡Qué mentira!

Deseo.

¡Qué farsa!

La Voz-de-Verdad.

Criatura, ¡llega
a lavarte los pecados
en el río de la pena!
El que te ha de redimir
¡míralo ya cómo albea!:
plantel de heridas su cuerpo;
su pecho, jarro de miera;
su corazón, un racimo
que tus maldades aprietan.
En un vallado de espinas
su frente cautiva lleva,
y aunque se estrechan sus sienes,
sus pensamientos se aumentan.
Los clavos lo hacen esclavo,
por hacerte a ti de veras
señor. Lleva su costado
igual que una fuente acuestas.

Cuatro puntos cardinales
su cuerpo en cruz manifiesta:
el Oeste con la zurda,
el Este con la derecha,
el polo Sur con el pie
y el Norte con la cabeza.
Y se quedan sus heridas,
bobas de amor y de pena,
como mujeres del campo,
todas con la boca abierta.

Hombre.

¡Ay!, ¡qué verdad!

Carne.

¡Qué mentira!

Deseo.

¡Qué calumnia! ¡Qué novela!

La Voz-de-Verdad.

No ha bajado y ya ha subido,
no ha venido y ya está aquí;
aún no está aquí y ya se ha ido,
pálido y descolorido
de amor, de Dios y de ti.

Aún no ha salido del susto
de la virgen que le espera
para darle albergue justo,
y ya está en tierra el arbusto
que ha de hacerlo enredadera.

Antes que El que aun no respira
venga, a este río llegad
que los pecados retira.

Hombre.

¡Ay!, ¡qué verdad!

Carne.

¡Qué mentira!

Deseo.

¡Qué mentira de verdad!

Escena III

El Hombre, el Deseo, la Carne, los Cinco Sentidos; cuando se indique, la Voz-de-Verdad.

Deseo.

¡Mirar!, ¿donde estás? ¡Oler!,
¡Gustar!, ¡Tocar!

(Salen estos cuatro Sentidos a la voz del Deseo.)

¿Y el Oír?

(Sale el otro Sentido.)

Oír.

Aquí estoy.

Deseo.

Es menester
que atendáis: vais a traer
al que no sabe decir,

gritando por el desierto,
más que mentiras, cautivo.
¡Mira que dar por muy cierto
que Uno vendrá que está muerto
y está eternamente vivo!
¡Traédmelo aquí!: es aquél.

(Señala a cualquier lado del Desierto. Y allí se dirigen los Cinco Sentidos.)

La Voz-de-Verdad.

Vendrá la Luz más desnuda
a investigar el cuartel
de la Sombra, y hará miel
y afirmación de la duda.

Llegará el Buen Sembrador
a panificar secanos:
para el surco del dolor
sólo puñados de amor
se le caerán de las manos.

(Entran los Cinco Sentidos con la Voz-de-Verdad, memoria aparente de Juanazo el Batiste, como dice mi madre.)

Deseo.

¿Por qué esos gritos que das?

Carne.

¿Para qué?, ¿con qué motivo?

Deseo.

¿Por qué a todas partes vas
gritando sin más ni más
y anunciando a un muerto vivo?

Hombre.

(Con ansias de Vida.)

¿Quién eres? ¡Dilo al momento!

La Voz-de-Verdad.

Soy la Voz de la Verdad
y del Arrepentimiento:
si pecasteis, sentimiento
haced, y si no, ¡temblad!

Porque llega a su sazón,
ya cercana, la Ventura,
remedio del corazón,
que sólo con la intención,
sólo imaginado, cura.

El saludable Manjar
que hará su nido en el trigo
y en la vid de miel llevar:
pero también va a llegar,
con la Bondad, el castigo.

¡Que tiemble aquel que en su pecho
sólo apetitos sustente!
¡Que tiemble aquel cuyo lecho
está de deseos hecho,
y duerme y no se arrepiente!

¡Que tiemble aquel que en la hoguera
se quema de sus pasiones;
el que en pecar persevera:
el que vive hasta que muera
de bajas inclinaciones!

Porque llegará en seguida,
si a la enfermedad salud
y a la muerte eterna vida,
la libertad reducida
que teme la esclavitud.

El que dicta soberano
leyes espirituales...

Deseo.

¿Qué dice? ¿Un rey? ¿Un tirano
nos anuncia?

Carne.

Vendrá en vano:
¡aquí todos son iguales!
¡Aquí nadie dicta leyes!

Deseo.

Aquí las capas son sayos,
y los toros bravos, bueyes:
¡aquí todos somos reyes
y todos somos vasallos!

No admitimos señorío
de nadie a nadie.

Hombre.

¡Yo, sí!

Carne.

¡El mío!

Deseo.

¡El mío!

Oír.

¡Y el mío!

Los demás Sentidos.

¡Y el nuestro!

Hombre.

(A la Voz.)

¡Llévame al río
y dame a tu rey allí!

La Voz-de-Verdad.

Los días te lo darán
próximamente; entretanto
que llega el celeste pan,
¡enjuágate en el jordán
penitente de tu llanto!

Deseo.

No me lo revoluciones:
¡calla, loco!, ¡calla, loco!

La Voz-de-Verdad.

¿Quién acallará los sones
de mis voces?

Deseo.

Mis prisiones.

La Voz-de-Verdad.

No me callaré tampoco
si a la prisión me condenas.

Deseo.

Te hará callar el tormento.

La Voz-de-Verdad.

Sin lengua, sin sangre apenas,
¿quién podrá poner cadenas
al alma y al pensamiento?

Deseo.

¡Yo solo!, que he preparado
a esa colérica racha
que te trae aquí agitado,
si para el alma un pecado,
para el pensamiento un hacha.

¡Carne!, ¡a danzar! Y tú, acero,
¡a relucir a su vista!

(Saca un hacha del manto. Danza la Carne lasciva.)

Que elijas rápido espero:
¡elige!... ¿Quieres o quiero?

Los Cinco Sentidos.

(Rodeando a la Voz-de-Verdad burlones.)

¿Qué quiere Juan el Bautista?

Hombre.

(Angustiado.)

¡Dejadlo ya!

Deseo.

¡Cállate!

La Voz-de-Verdad.

¡Ay, Carne, de encantos vanos!,
¿por qué danzas?, ¿para qué?:
¡si en la danza se te ve
el temblor de los gusanos!

Carne.

¡Matadle, que no me ofenda!

Hombre.

¡No, por Dios!

Deseo.

¡Vano es tu empeño!

(A los Cinco Sentidos, dándoles el hacha.)

¡Tomad esta blanca prenda,
y dejadle, porque aprenda,
sin cabeza para el sueño!

(Se llevan los Cinco Sentidos a la Voz-de-Verdad, y la Carne sale tras ellos. Pausa. Se oye un golpe y varios más asesinos. En seguida, *un gran aparato de truenos,* como dice Calderón. Y entra la Carne, danzando con la cabeza de la Voz-de-Verdad dentro de una fuente sopera, caliente el tiesto de la sangre que espira la herida del cuello. Aparece un Sentido limpiando los labios feroces del hacha y los otros cuatro llevando el cuerpo descabezado y grandioso.)

Deseo.

(Dirigiéndose a la cabeza sin objeto.)

Ahora, que tu voz se atreva
a echar su predicación.

(El eco de la Voz-de-Verdad, como hablando por su cabeza.)

Desterrados hijos de Eva,
se acerca una Vida Nueva...

Carne.

(Cayendo arrepentida.)

¡Piedad!

Los Cinco Sentidos.

¡Clemencia!

Hombre.

¡Perdón!

(Todos se arrodillan contritos. Sólo el Deseo permanece en pie incrédulo y atrevido. Y los truenos y los relámpagos siguen produciéndose temerosamente en el cielo, conmoviendo y conmocionando todas las cosas de la tierra.)

(FASE INTERIOR)

(Un sitio a la entrada del campo, entre una carretera fácil por lo llano y una vereda difícil por lo subido.)

ESCENA I

El Hombre, la Carne y los Cinco Sentidos.

Oír.

Yo quiero quedarme sordo.

Tocar.

Manco quedarme quisiera.

Gustar.

¡Ay, cuánto he mentido!; ¿quién
quiere arrancarme la lengua?

Mirar.

Yo no quiero ver: ¡llenadme
estos dos hoyos de tierra!

Oler.

Yo quiero ser insensible
a los olores y esencias
de las rosas, de los frutos,
del verano, de la higuera,
de la miel y del arrope,
del pecado y de la hierba:
que mis dos fosas nasales
fosas de las cosas sean.

Carne.

Que la verdad de los huesos,
toda esta calumnia bella
de mi carne, de mi sangre,
de mis pechos, de mis venas,
este falso testimonio
de mí, los trague la arena.
No quiero disimular:
que en levantar la corteza
se me ha de ver la verdad
en forma de gusanera.

Hombre.

¡Llora!

Oír.

¡Llora!

Oler.

¡Llora!

Gustar.

¡Llora!

Mirar.

¡Llora!

Tocar.

¡Llora, madalena!

Hombre.

Carne, que ya arrepentida
de serlo estás, sufre y pena.
Olvídate de lo que eres,
y acuérdate de que llevas
dentro de la carne el hueso,
la luz dentro de la niebla.
¡Llora como lloro!

Oír.

¡Llora!

Gustar.

¡Llora!

Mirar.

¡Llora, madalena!

Hombre.

Yo ya no soy ni mi sombra:
yo quiero ser más que ella.
Yo la he tomado conmigo,
tema de mi mismo tema.

Estoy, el alma en un hilo
siempre, como la cometa.
Sueños de pólvora son
los sueños que me alimentan.
Antes tenía deseos,
¡sólo deseos de bestia!;
ahora deseos y ganas
de no tenerlos siquiera.
¿Podré ser el que no soy,
y no el que quiere que sea
el mundo, que cada día
redondea su soberbia?
Los sabios, sencillamente,
con una sencillez necia,
piensan que no saben nada
y exponen toda su idea,
pero pensando que así
saben más de lo que piensan.
Enjaulado está el dinero
como lo que es: una fiera,
en jaulas de mármol y oro
confusamente babélicas,
donde se pudre aumentando
como acre-edor de hipotecas;
y en las aceras de enfrente
pega gritos la miseria,
que aun gritando nadie oye,
todos sordos con orejas.
Satisfecho de esta vida,
nadie de la otra se acuerda,
y sólo se mira al cielo
para ver si llueve o truena.
El bueno hace una bondad
y que le sobra se idea:

no sabe (o lo sabe y calla),
que hacer una obra buena
por dejar de hacerla, es
no hacer las obras perfectas,
ser bueno de cuando en cuando,
malo con intermitencias.
El malo hace una maldad
y luego, luego, la enmienda
con otra mayor, pensando
siempre que la otra es pequeña.
El silencio hace silencio
y las preguntas respuestas.
Sin voluntad de buscar,
nadie busca y nadie encuentra
más que lo que encuentra yendo
evidentemente a ciegas.
¡Ay! ¡Qué gana de ganarme
la vida solo me entra!
(la vida para la muerte),
pues ya sé por experiencia
que si solo peco una,
en compañía quinientas.
Cuando vaya a hacer un mal
lo pensaré mucho, y de esta
suerte será un bien el mal:
que el pecado se cosecha,
no cuando menos, sino
cuando ni nada se piensa.
Llorar quiero los de antes
(que los de después no vengan,
Señor), solo en tu compaña,
lo mismo que madalena.

Oír

¡Llora!

Oler.

¡Llora!

Gustar.

¡Llora!

Mirar.

¡Llora!

Tocar.

¡Lloremos todos con ella!

Escena II

Los mismos y el Deseo.

Deseo.

El que no peca no goza.

Hombre.

El que no peca no pena:
el que no peca no tiene
nada de que se arrepienta.

Deseo.

El que no es malo no sabe
jamás lo que es cosa buena.

Hombre.

¡Yo no he de saberlo más!

Deseo.

Tú me debes obediencia
y has de caer antes que
pregona un gallo y se seca
esta saliva que yo
mando del labio a la tierra.

(Escupe.)

¡Carne!

Carne.

¡Ya no te deseo!

Deseo.

¿Que tú ya no me deseas?...
¡Oler!, ¡Oír!, ¡en seguida!;
¡Gustar!, ¡Tocar!: ¡venga!, ¡venga!
¡Eh, Mirar! Poned los cinco
a esa desmandada riendas,
y vamos a ver si hace
todo aquello que yo quiera.

Oír.

Estamos ya reducidos
los cinco a las tres potencias
de su alma.

Oler.

Ya no somos
de nuestra naturaleza
sensual, sino de la suya
espiritual y eterna.

Gustar.

Hemos depuesto los odios.

Tocar.

No queremos más pendencia.

Mirar.

Es imposible igualar
la basura y las estrellas.

Deseo.

¿Qué decís? ¡También vosotros
bajo el yugo!: ¡qué vergüenza!
¿Sois vosotros los que ayer
sacabais las herramientas
a relucir contra él
en declaración de guerra?
¡Vosotros, los que pedíais
la igualdad y la cabeza
de todo rey! ¡Los que hicisteis
de reales frutas que eran,
republicanas granadas,
sustrayendo a sus altezas,
acotadas y sangrantes,
las coronas boquitiernas!
¡Vosotros, los que decíais
que las propiedades fuerzan
a hacer propias propiedades
si son propiamente ajenas!

(Señala al Hombre.)

¡Vosotros, que me llevasteis
a cultivar esta hacienda!,
¿os dejaréis cultivar
por la punta de su reja?
No tenéis nada de hombres:
no sois machos, que sois hembras.

Por detrás consentiréis
que os den sin pedir licencia.
Pero yo me vengaré
de todos. ¡Venganza!, ¡ea!
La revolución social
he de armar en cuanto pueda.
Voy a la *Urreseté*
a dar de todo esto cuenta:
alimentaré los odios,
movilizaré las fuerzas,
hoz y martillo serán
vuestra muerte y nuestro lema;
todas las malas pasiones:
la lascivia, la vileza
de la envidia, la ira roja,
la indignación roja y negra
y el rencor descolorido,
nuestra más firme defensa.
¡Ay de vosotros, esclavos,
que pasáis hambres sedientas
y no le quitáis el pan
al que lo tira a la acequia
antes que veros comer!...
Esperadme pronto, ¡yuecas!

(Al Hombre.)

Y tú, ¡tiembla!, porque aun
no sabes la que te espera.

(Se va con la boca retorcida.)

Escena III

Los mismos, menos el Deseo.

Hombre.

¡Llora, madalena, llora,
que contigo lloraré!

Carne.

Quien me ha visto y quien me ve!

Hombre.

¡Quien me vió y quien me ve ahora!

Oler.

Yo no me conozco.

Oír.

¡Estoy
yo tan otro!

Gustar.

¡Qué manera
de cambiar!

Tocar.

¿Soy quien era?

Mirar.

Miro ayer y no veo hoy.

Oír.

Y ¿hemos se seguir así
toda la vida?

Oler.

Yo creo
que, bien mirado, el Deseo
tiene razón...

Hombre.

¡Ay de mí
si entre vosotros fomenta
aún el Deseo! ¡Dormíos!,
quedaros, sentidos míos,
sin sentido, que no os sienta.
Duérmete tú, madalena,
también, mientras yo despierto
estoy. Con el ojo abierto,
me dais aflicción y pena.

Carne.

Ya la quietud me enamora.

Hombre.

¡Dormid! ¡Dormid!

Carne.

Dormiré...
¡Quien me ha visto y quien me ve!

Hombre.

¡Quien me vió y quien me ve ahora!

(Se duermen la Carne y los Cinco Sentidos.)

Escena IV

El Hombre, de nuevo solo.

(En la soledad interior y exterior de que está rodeado se confirma más y más en el estado de arrepentimiento y va pasando, sonámbulo espiritual, al de gracia.)

Hombre.

Día de la Ascensión
fué mi desgracia, Padre.

Te subiste a las altas
y me bajé a la carne.

Unico día festivo
del viento, holgaba el ave,
y a medio hacer, los nidos
cobaban soledades.

El aire iba y venía
silencioso a millares;
y cuando se quietaban
sus abanicos grandes,
parecía que Tú
te quedabas como antes
de hacer el mundo: Sólo
frente a tu misma imagen.

El almendro, alma en pie,
olía a eternidades.

¡Todo estaba de gracia!:
a los secos parrales
un cansancio de uvas
alhajaba de gratis.

La luz de los retiros
era un profundo examen
de conciencia del mundo,
mentidor de verdades.

En cruz al mediodía
todos los olivares,
manifestaron su hoja
cristiana hasta bien tarde.

¡Todo estaba de gracia!:
no se plantaba en balde
nada, ni en los baldíos,
nada, ni en los eriales.

Tú te subiste al cielo,
yo me bajé a la carne,
y (¡ay pobre yo de mí!)
espero que me saques
de donde estoy, y me lleves
donde quieras llevarme
para encerrarme en Ti
bajo cuarenta llaves.

Escena V

El Hombre; los demás dormidos y el Buen Labrador.

Buen Labrador.

A todo aquel que bien llora,
mejor lo consolaré.

Hombre.

(Sin reparar en el otro.)

¡Quien me ha visto y quien me ve!,
¡quien me vió y quien me ve ahora!

Buen Labrador.

Una mirada avizora
que nunca te abandonó:
el que te mira, te vió;
el que te ha visto, te ve
y te perdona.

Hombre.

(Reparando ya.)

No sé
quién eres.

Buen Labrador.

¡Alguien soy yo!
¡Llora, pobre criatura,
con un llanto de verdad,
que ya está tu enfermedad
en inminencia de cura!
Procura llorar, procura
limpiarte en ese cristal
de amargura manantial,
gota a gota, verdadera:
muchas goticas de cera
hacen un cirio pascual.

Hombre.

¿Quién eres?

Buen Labrador.

Un labrador
que fué pastor de ganado
no hace mucho demasiado
y que siempre soy amor.

Si tengo un ojo avizor
que se agranda, que se encona
contra espiga que aficiona
el cerriche o el gorgojo,
también tengo al lado un ojo
que comprende y que perdona.

Hombre.

¡Qué buen labrador!

Buen Labrador.

Mi afán,
mi ilusión tan sólo es
el dar mi cuerpo en la mies,
el dar mi vida en el pan.
Mi carne y mi sangre van
a quedarse en la cosecha:
mas si me dejo maltrecha
mi vida en las lomas duras,
¿no es gozo ver mis criaturas
con el hambre satisfecha?

¿No es gozo ver mi querida
prole con paz y sosiego,
aunque me niego y le entrego
mi vida como comida?
Más me daré mientras pida
más, y haciendo esta mercé,
como el hortelano, ¡ve!,
me pacifico, me siento,
que está en paz y está contento
cuando su huerto sin sé.

Hombre.

¡Qué buen labrador que eres!...
Si yo de los tuyos fuera.

Buen Labrador.

¡Vente conmigo a mi era
y lo serás si lo quieres!

Hombre.

¿Cómo aceptaré placeres
que no merezco aceptar?

Buen Labrador.

Como te los quiero dar:
sin pensarlo, ciegamente:
¡vente!, que vas a estar, ¡vente!,
a ¿qué quieres?, paladar.

Hombre.

Ciego, ¿quién será mi guía
para pasar los rastrojos?...
¿Llevaré bajos los ojos?

Buen Labrador.

No: llenos de luz del día.
Que puede ser cobardía
no mirar para no ver:
hay que mirar y querer
no ver sino lo que digo:
detrás de la paja hay trigo,
y detrás ¿qué puede haber?

Hombre.

¿Qué puede haber, labrador?

Buen Labrador.

Ten fe y darás en el quid:
¿no crees tú que tras la vid
puede estar el viñador?
¿No le deja en la labor
su vida en sudor rendida,
¡toda su sangre exprimida!
de la cabeza a los pies?
Y ¿no crees tú, hombre? ¿no crees
que aquel que da vid da vida?

Hombre.

No adivino, no adivino.

Buen Labrador.

Ni el vino es vino, ni el pan
es pan. ¿Siempre llamarán
al pan, pan, y al vino, vino?

Hombre.

¡Labrador!, ¡que pierdo el tino!

Buen Labrador.

Para que atines lo soy.

Hombre.

¡En qué laberinto estoy!...
¿Por qué tu trigo me afana?

Buen Labrador.

Porque a mí me da la gana
y porque a ti te la doy.
Criatura, ¡atortolaté!,
y ven conmigo a mi era,
que es y ha sido lo que espera
que seas tú y yo me sé.
La ceguera de la fe,
que alumbra más que dos soles,
sus tenebrosos faroles
en tu aventura pondrá.

Hombre.

¡Sí!: ¡ya veo un poco, ya!
¡Ya voy a que me atortoles!
(Echa a andar hacia la carretera.)

Buen Labrador.

Por aquí tus pasos guía;
por ahí no irás: ¡espera!
(Lo conduce a la vereda.)

Hombre.

Más ancha es la carretera.

Buen Labrador.

Pero la senda es más mía.
Calza esa estrechez en vía
de anchuras más venturosas:
empezando por las rosas
a espinas vas a parar...
Y ¡por fuerza te han de dar
algún trabajo mis cosas!

Algún difícil empleo
donde contemple mejor,
más evidente, el amor
que en ti para mí ya veo.
Ve por ahí: lo deseo.

Hombre.

Hay tanta y tanta distancia,
¡ay, tanta!, de aquí a mi infancia
y a tu campo, labrador.

Buen Labrador.

Para eso quiero tu amor:
para la perseverancia.

¡Anda! Toma esa vereda
y que te tome ella a ti;
verás cómo por ahí
el polvo en el polvo queda.
No levantan polvareda
tus pisadas al venir
seguro, al seguro ir
lazarillo de tu pie:
con ella conduceté
y déjate conducir.

Hombre.

¡Ay, Dios! ¡Qué difícil es
llegar hasta tus estados!

Buen Labrador.

¡Ay, criatura! ¡Qué obstinados
quiero para eso tus pies!

Hombre.

¿Y si cansados después
me dejan en la mitad?

Buen Labrador.

Mientras tengas voluntad
que te ayude en la demanda,
como yo te digo: ¡anda!,
dirás a tus pies: ¡andad!

(Se van los dos por la vía costosa, dejando en paz y en sueño purificativos a los Cinco Sentidos y la Carne.)

FASE POSTERIOR

El Campo del Buen Labrador: viña a punto de ser recolectada y rastrojos en espera de ser barbechos. A un lado, un monte de trigo, y a otro, un pino con la impaciencia del aire y unas cigarras soleadas sobre su verdor paciente. Habrá un ruido de trillos y de mieses recorridas y trabajadas, como de una era vecina. De vez en cuando, el Campesino (persona nueva) se llevará haces de cosecha a la era. En una rama del pino habrá una cántara colgada, como una tórtola tierna en la horca.

Escena I

El Hombre, los Cinco Sentidos y el Campesino (trilladores), cantando en la faena y dentro. A algunos se les nota en la canción el temblor de los dientes de los trillos y su transcurso sobre la parva.

Un Sentido.

(El que sea.)

¡Aire, Santelmo, aire!
para la avienta,
que se lleve las pajas
a la pajera.

¡Aire, Señor!,
que sin aire, las eras,
eras no son.

Otro Sentido.

Que lo que va, se vaya
de vuelo pronto:
las granzas a las granzas
y el polvo al polvo.
Y que se queden
los granos: lo que vale,
lo que es de siempre.

Otro Sentido.

Al aire, al aire, al aire
(riá, Segoviana).
Al aire, al aire, al aire
de la mañana.
Me voy al aire,
que está la tierra toda
llena de baches.

Otro Sentido.

Molino: al que pregunte
qué es lo que haces
con los brazos cruzados,
di: ¡Espero al aire!
Al aire fino.
que viene por la Mancha
ya de camino.

Otro.

¡Lucera!, ¡Capitana!,
¡riá, más ligeras!,

que canta la cigarra
y el sol canea.
Y bajo el sol,
el aire va buscando
colocación.

Escena II

Salen: el Hombre, con una horca de aventar en la mano y limpiándose el sudor; el Campesino y los Cinco Sentidos. Se sientan todos en rolde bajo la umbría del pino, después de haber bebido agua algunos. Y se ponen a gozar de la paz y el silencio que mana en abundancia de los alrededores callados.

Oír.

¡Qué sed tengo!

Mirar.

(Cuando ha bebido él.)

Bebe, amigo.

Oler.

¡Qué viento!

Gustar.

¡Qué maravilla
de paz!

Tocar.

¡Qué parva y qué trilla!

Hombre.

¡Qué olor a Dios echa el trigo!

Yo alabo al buen labrador
que a este retiro me trajo,
y aquí, si me da trabajo,
me da sosiego y amor.

Ante esta luz descansada
no es posible que no pueda
desear lo que me queda
para la cabal jornada.

¡Qué anchura tiene aquí el día
para rodar por la altura!:
¡qué grandiosidad de anchura
de Dios, de la tierra y mía!

¡Qué capacidad de vuelo
tiene aquí el ave süave!:
la gracia visual, el ave
ya capaz de todo el cielo.

Soledades de labranza
y silencios de labor...
¿Cómo me dió el labrador
tanta bienaventuranza?

Campesino.

Más que labrador, debiera
llamarse señor de aquí,
que el señorío advertí
debajo de su pechera.

Para mi corta razón,
debe estar enamorado,
porque anda un poco inclinado
del lado del corazón.

Y en el sereno reposo
de su sentido visivo,
se le ve un gesto muy vivo
de sufrimiento gozoso.

A mí se me representa
Señor del vino y la mies;
y señor es todo el que es,
no todo el que lo aparenta.

Campesina es su color,
su vida, sus aficiones:
pero todas sus acciones
son de altísimo señor.

Esconde lo delicado
debajo de lo gañán...
Ayer por darme a mí pan
lo quitó de su bocado,

y además me dijo... (creo
yo que me lo dijo así):
No te regatees a ti,
que yo no me regateo.

Luego, se marchó de prisa
a proseguir su labor,
y yo le noté el señor
por detrás de la camisa.

Y en la estatura gentil
labrada sobre un otero,
un mucho de caballero
tras un poquito de vil.

Y cuantimás, cuantimás
lo miraba, más veía
lo que verle no podía,
porque lo lleva detrás.

Gustar.

Lo que la vista no alcanza
lo alcanzarán fe y fervor.

Campesino.

Pues, como ésta, el labrador
es cosa de adivinanza:

(a ver quién la acierta):
estoy en la parva,
me pisan las bestias,
los hombres me pasan,
y me llenan todos
de lodo y de faltas.
Paja es mi colchón,
pesebre mi cama,
pero cosa buena
toda mi sustancia.
Redondo en el grano,
redondo en la garba,
redondo en la era,
redondo en la casa,
redondo en el horno
y en la mesa blanca.
¡A ver quién acierta
esta adivinanza,
que en redondo empieza
y en redondo acaba!

Aquel que me acierte,
solo en mi compaña
comerá hasta hartarse
de un pan que no harta.

Oler.

¡Trigo candeal!

Campesino.

¿Lo digo?

Hombre.

¡No lo digas!: lo diré
yo, si decírtelo se:
¡es Dios, asunto del trigo!

Campesino.

Has puesto a Dios en su punto.

Mirar.

¿Es Dios?

Gustar.

¿Es Dios?

Campesino.

Sí; Dios es.
Mira la era: ¿no ves
cuánto trigo y Dios en junto?

Tocar.

¡Qué asunto más peregrino!,
¡demontre!

Oler.

¡Divino asunto!:
lo divino siempre a punto
de ser de pan y de vino.

Campesino.

Es tan bueno, que es de pan;
tan divino, que es de-vino.

Hombre.

Y esos bienes, campesino,
¿en qué lugares los dan?

Campesino.

¿Es que nunca los comiste?

Hombre.

¡Nunca!

Campesino.

Pues vete a la aldea,
que a nadie se regatea,
mañana que es *Corpus Criste.*
Allí de uno te darán;
lo menos doscientas veces
(sin contar de mis niñeces)
he comido yo aquel pan.

Vete a la aldea mañana
cuando la primera misa.
¡Verás qué gozo y qué risa
mueve la gente aldeana!

Verás la plaza cubierta
de alábegas y jazmines,
y un altar de colorines
y de Dios, en cada puerta.

Y quedando de tal suerte,
si tu marcha no se aplaza,
verás la Vida en la plaza
y no en la Plaza la muerte.

En cada esquina un cordón
de pólvora alborotada,
de cielo, y el cura, en cada
dátil una bendición.

Las campanas tocarán,
y dándote el parabién,
dirán las unas: ¡ven!, ¡ven!,
mientras las otras: ¡van! ¡van!

Las mujeres aldeanas
gritarán con alborozo
viendo su gozo en su pozo,
¡ya todas samaritanas!

Y meneará con pesar
su alta cabeza la mies,
de ver que harina aún no es
que a Dios lleva en su lugar,

cuando entre cuatro varales
pase, dándole de lleno
el sol que lo hace moreno,
lo mejor de los trigales,

bajo una tela escarlata
y una sombra sin color,
de espigas el interior
y el alrededor de plata.

Y en medio de aquel disfraz
de cristal, de plata y trigo,
mormurará: ¡Paz, amigo!,
y todo has de hacerlo en paz.

(Se duermen los Cinco Sentidos y el Campesino.)

Escena III

El Hombre; los Cinco Sentidos y el Campesino en sueños; el Buen Labrador.

Buen Labrador.

A la paz de Dios, hermano.
¿Se reposa?

Hombre.

Se reposa.

Buen Labrador.

¿Cómo va en la era la cosa?

Hombre.

Ya está casi limpio el grano,
pero aún queda alguna paja
que el cedazo verá luego.

Buen Labrador.

¿Se trabaja con sosiego
y con amor?

Hombre.

Se trabaja.

Buen Labrador.

Así sirve de provecho;
hoy vengo yo enamorado
de renovar con mi arado
las llagas de aquel barbecho,
para el próximo setiembre
sembrar la avena y el trigo;
que ya el refrán dice, amigo,
Quien tenga trigo que siembre.

(Saca un pan del pecho.)

¿Quiéres tú comer conmigo
de este trigo sanjuanero
y de este pan?... Es que quiero
sembrar, yo que tengo trigo.

Hombre.

Y yo hambre; comeré...

(Va a comer el pan que el Buen Labrador le ofrece.)

Pero, ¿cómo yo?, Señor...

(Al mirarle la cara, se le revela la Verdadera Persona en toda su grandeza.)

Buen Labrador.

¡Come y calla!

Hombre.

Un pecador...

(Se levanta transfigurado de humildad y fe.)

De rodillas, no de pie...

(Cae ante el Buen Labrador con un gesto hambriento del pan que le ponen en el pico.)

Escena IV

El Buen Labrador, el Hombre; los Cinco Sentidos y el Campesino dormidos hasta que yo diga, y la Carne, que viene despavorida y con el vestido alado de lumbre.

Carne.

¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Socorro!
¡Que ardo viva! ¡Que ardo viva!
¡Que arde el campo! ¡Que arde el monte!
¡Que arden la mies y la viña!
¡Salvadme pronto! ¡Sacadme
de este infierno de mí misma!

Buen Labrador.

¿Qué es esto, mujer?

Hombre.

¿Qué es esto?

(Aplacan entre ambos las llamas que maltraen a la Carne. Despiertan los dormidos.)

Mirar.

¿Quién me despierta?

Oler.

¿Quién grita?

Oír.

¿Quién se quema?

Tocar.

¿Quién se enciende?

Gustar.

¿Quién se pierde?

Campesino.

¿Quién peligra?

Carne.

¡Todos peligramos!, ¡todos
nos perdemos en seguida!,
¡todos nos achicharramos!...
¡Ay! ¡Que el Señor nos asista!
¡Mirad hacia allí, mirad!
¿No veis venir cuesta arriba,
carretera abajo, un bulto
de personas, no, de ira,
de rencorosas miradas,
de llamaradas que atizan
odios, de resentimientos,
de manos que armadas brillan,
de frentes que piensan poco,
de plantas que recio pisan,
de hoces, de hachas, de martillos,
de garrotes y corvillas?...
¡Son el Deseo y los suyos!:
solicitan nuestras vidas.
A su paso por el campo,
van dejando mal heridas
las soledades, cadáveres
el silencio y las encinas,
imposibles los pinares,
las oraciones marchitas,
las cosechas malogradas,
y de amapolas sanguíneas

rebosantes los aljibes,
y las eras de cenizas.
Al verme a mí, cuando estaba
recogiendo las espigas
que dejan los segadores
por los rastrojos perdidas,
de las mechas me cogieron,
me dejaron en camisa,
después en menos aún:
desnuda y en carne viva,
y en mí todos, uno a uno,
aplacaron su lascivia,
y me mandaron aquí,
como una falla, encendida,
como una mora, encarnada,
y como una puta, indigna,
a que os dijera lo que
no quiere el alma que diga
ni la lengua, y ésta se ata
y aquélla se atemoriza.
¡Huyamos! ¡Huyamos todos,
y que el Señor los maldiga!

Oler.

¡Huyamos!

Mirar.

¡Huyamos pronto,
que si nos cogen, nos pican!

(Huyen, corriendo miedosos, la Carne, los Cinco Sentidos y el Campesino.)

Escena V

El Buen Labrador y el Hombre.

Hombre.

Señor, no me desampares.

Buen Labrador.

¿Te asusta la perspectiva
de la muerte?

Hombre.

Es flaco el cuerpo.

Buen Labrador.

Es preciso que resistas
un pensamiento de muerte
lo mismo que uno de vida.
Ésta está detrás de aquélla,
un sabio ya lo decía,
y que no querer morir,
y querer, es cobardía.
Por tanto, te dejo solo
(la prueba es definitiva).
Voy a cuidar que no arrasen
esos bárbaros las viñas
y el trigo... Piensan que dan
abasto a Dios, y su ira
no ve que aun no acabo en pan
y ya comienzo en semilla.

(Se va.)

Escena VI

El Hombre (otra vez solo).

Hombre.

¿Morir?... ¿Podré resistir
tamaño acontecimiento,
o moriré en el momento
en que me vaya a morir
de pena y de sentimiento?

¡Morir!, ¡morir!... No quisiera
morir para siempre, no...
¡Espérate, muerte!, ¡espera!,
¡y déjame que me muera
cuando te lo pida yo!

No quiero, no puedo verte
este instante de mi vida.
¡Ay! Que tu hielo me impida
cuando con ansias de muerte,
muerte, la muerte te pida.

Pero ¿por qué no es ahora,
si al fin sentiré tu frío!...
¡Ay mal pensamiento mío,
que reconcome y devora
más que una orilla de río!

Sea, Señor, cuando quiera
tu poder: a él me sujeto.
¡Si toda mi vida espera,
alerta, mi calavera
apoyada en mi esqueleto!

A punto está la corrida:
y en el momento de verte,
toro negro, toro fuerte,
estoy queriendo la vida
y deseando la muerte.

¿Seré yo como el peón,
que invita al toro a embestir,
y en cuanto le ve venir
teme y huye la ocasión
valerosa de morir?

¡Clávame la espada fina
ya, Señor, si es de esta suerte
la hora lejana y vecina!:
¡con qué lentitud taurina
estoy viviendo mi muerte!

Escena VII

El Hombre, y el Deseo, que entra armado con una hoz y seguido de varios grupos de los siete pecados capitales, con martillos, garrotes y teas encendidas en los puños.

Unos-cuantos-de-un-grupo.

¡Muera! ¡Muera!

Deseo.

(Burlón como un torero.)

¡Al fin te veo,
hombre!

Otros-cuantos-de-un-grupo.

¡Que muera el ladrón!

Deseo.

Deseaba esta ocasión,
como todo lo deseo:
¡con todo mi corazón!

Unos-cuantos-de-un-grupo.

¡Muera! ¡Muera!

Otros-cuantos-de-un-grupo.

¡Muera! ¡Muera!

Deseo.

¿Sabes a lo que he venido?

Hombre.

Lo sospecho.

Deseo.

¿De manera
que no temes que te hiera?...

Hombre.

Estoy hace tiempo herido.

Bienherido estoy: me hirió
quien me hirió y se hirió, y quedé
tan bien malherido, que
no puedo curarme, no,
hasta que a su lado esté.

Deseo.

¿Quién es ese *quién,* que hiere
y la curación provoca?

Hombre.

Alguien cuyo nombre quiere
decir: ¡Todo!, y que se muere
por pronunciarlo mi boca.

Deseo.

No prosigas: ¡no prosigas,
que mi paciencia no es mucha
y adivino a quién te ligas!
¿Quisieras con las espigas
arder tú?... ¿No?... Pues escucha

(tengamos la guerra en paz):
pásate a nuestro partido,
viviendo como has vivido
hace poco, mi secuaz,
y no temas...
¿Me has oído?

Hombre.

¡Sí!

Deseo.

Y ¿qué dices?

Hombre.

Que no anhelo
más que lo que cielo encierra.

Deseo.

¿Eres ave?

Hombre.

¡Ansias de vuelo
tengo!

Deseo.

Pero ¿cómo cielo
anhelas tú, si eres tierra?

Te pareces mucho a un ave
del huevo recién salida:
la gravedad de su vida
no sabe aún que no sabe
estar a lo leve asida.

Sólo tiene vocación:
por eso al probar el vuelo,
del nido va a la extensión
del viento, y (sin remisión)
del viento se viene al suelo.

Hombre.

¡Yo podré!

Deseo.

¡No podrás nada!:
¡nada! ¡Mentira!, ¡mentira!
Mira que te mato; mira
que toda esta gente armada
está conteniendo su ira.

Unos-cuantos-de-un-grupo.

¡Muera! ¡Muera!

Otros-cuantos-de-un-grupo.

¡Muera! ¡Muera!

Deseo.

¿Qué dices?

Hombre.

¡Nada más digo!

Deseo.

¿No? Pues ¡escucha!: ¡¡a la era
con él!! ¡Haced una hoguera
en ese monte de trigo!

(Se llevan al Hombre entre todos los grupos de los siete pecados capitales, a empujones, hacia el lugar donde se situó imaginariamente la era. En seguida se verá un resplandor de cosecha que empieza a arder, que se agrandará de grado en grado. Un griterío de mil demontres de los de los grupos se propagará con el furor de la hoguera. Las sombras de algunos saldrán largas y gesteras a la escena, desde donde el Deseo contempla y ordena rey.)

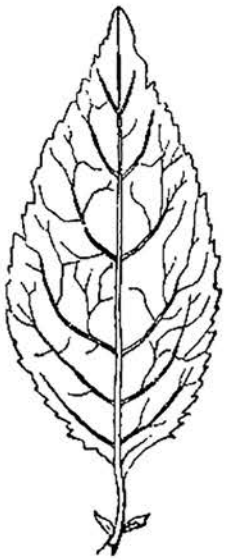
Deseo.

¿No quieres gustos, placeres
que te alegren el camino
hasta la muerte?... Prefieres
cielo... Pues, aunque no quieres,
¡toma el infierno!, ¡¡cochino!!

A él en la tierra te entrego,
y así conocerás dos:
uno ahora y otro luego.
¡Dadle fuego!, ¡dadle fuego!,
y que se quede con Dios.

(En decir esto, se irá como yendo, y entre el vocerío de los de los grupos y el temblor copiado en todo el Campo de la hoguera brillante, acabará todo.)

Fin del Auto sacramental.



3 PESETAS